

# Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

SEPTIEMBRE - OCTUBRE, 1948

## SUMARIO

JAMES T. FARRELL: *SOBRE UNO DE LOS PRINCIPALES PROBLEMAS LITERARIOS DE HOY* ¶ ALEJANDRO VALLEJO: *LA HISPANIDAD DE AMERICA* ¶ GONZALEZ VERA: *LAS SASTRERIAS* ¶ JORGE JOBET: *LLORA MI VOZ* ¶ EUCLIDES GUZMAN: *ESA NOCHE* ¶ PAUL GROUSSAC: *DEL PREFACIO A «LOS QUE PASABAN»* ¶ IGNACIO SILONE: *DE LA DIGNIDAD DE LA INTELIGENCIA*

---

SANTIAGO 47 DE CHILE

## Lea en los números anteriores de Babel

- N.º 1 LUIS ARAQUISTAIN / Retrato de Hitler.  
IGNACIO SILONE / Un recuerdo infantil.
- » 2. ALFRED KERR / Recordando a Walther Rathenau.  
ALBERTO GERCHUNOFF / Sem Tob de Carrión.
  - » 3. MARCEL PRENANT / La revolución francesa en el mundo.  
ANDRÉ CHAMSON / Recuerdo de «La Comuna».
  - » 4. WALDO FRANK / Carta whitmaniana.  
MALCOM COWLEY / Frau Marx.
  - » 5. ANDRÉ MALRAUX / La novela y el reportaje.  
ROBERT FORSYTHE / Yo conocí a Ernst Toller.
  - » 6. JULIÁN HUXLEY / El concepto de raza.  
LEÓN PAUL FARGUE / Del antisemitismo.
  - » 7. ALBERT SCHWEITZER / Cultura y Libertad.  
MAGDELEINE PAZ / Marcel Martinet.
  - » 8. W. H. AUDEN / El catolicismo y la democracia.  
ROBERT GOFFIN / Rimbaud católico.
  - » 9. MAX NOMAD / Polonia sin aureola.  
L. CARDOZA Y ARAGÓN / El ejemplo de León Felipe.
  - » 10. JOHN CHAMBERLAIN / El sueño del anarquismo.  
M. F. GRANDIZO / La lucha de edades en política.
  - » 11. WYNDHAM LEWIS / La muerte del arte abstracto.  
LOUIS UNTERMAYER / «The Seven Arts».
  - » 12. SIDNEY HOOK / El humanismo integral de Maritain.  
JARVIS GERLAND / El álgebra de la revolución.
  - » 13. MARTÍNEZ ESTRADA / Hernández y Hudson.  
CIRO ALEGRÍA / Impresión de Mariátegui.
  - » 14. JEF LAST / Testimonio holandés.  
LEOPOLDO LUGONES / A los republicanos españoles.
  - » 15. - 16. EDMUND WILSON / Rol de Trotsky en la historia.  
DWIGHT MACDONALD / Intento de apreciación.
  - » 17. MORTON DAUWEN ZABEL / Un poeta en el Capitolio.  
JUVENCIO VALLE / Canto de amor.
  - » 18. W. H. HUDSON / Una librería de viejo en Buenos Aires.  
HERNÁN GÓMEZ / Por el rastro de Hudson.
  - » 19. ENRIQUE ESPINOZA / Heine y Marx (*El ángel de oro y el león rojo*).  
F. G. CAMPOAMOR / Vamos a matar la guerra (*cuento*).
  - » 20. HORACIO QUIROGA / Sinfonía heroica (*y una carta inédita*).  
SEBASTIÁN FRANCK / El espíritu burocrático.
  - » 21. MAX BROD / Kafka, padre e hijo.  
JAMES CADMAN / Geopolítica: un mito imperialista.
  - » 22. ALBERT EINSTEIN / Alocución a los estudiantes.  
ERNESTO MONTENEGRO / Integridad de Baldomero Lillo.
  - » 23. GUSTAV REGLER / Leche negra (*cuento*).  
EUGENIO GONZÁLEZ / El borrón de la hispanidad.
  - » 24. THOMAS MANN / Fantasmas verbales.  
ARTHUR ROSENBERG / Cómo tomaron el poder los bolcheviques.

## GUIA DE LIBREROS

### LIBRERIA APOLO

Pasaje Matte 88 - Tel. 66727

TODO LO QUE SE LEE EN ESPAÑOL  
CONCEDEMOS CRÉDITOS  
CONSULTE CONDICIONES

### LIBRERIA DE OCCIDENTE

Alameda B. O'Higgins 1313

Teléfono 69649

LITERATURA GENERAL

### LIBRERIA CRUZ DEL SUR

Bandera 445 - Tel. 88118

EDICIONES CRUZ DEL SUR

### LIBRERIA POLLAK

LIBROS EN ALEMÁN NUEVOS Y  
ANTICUARIADO EN GENERAL

Huérfanos 972 - 3er. P. Of. 314  
Casilla 9620 - Fcno 82180

SANTIAGO

### LIBRERIA CULTURA

Catedral 1039 - Tel. 68813

Casilla 4130

AHORA A VEINTE PASOS DEL  
CORREO Y DE LA PLAZA DE  
ARMAS

### LIBRERIA PLUS ULTRA (Ex-Librería Ercilla)

Agustinas 1639 - Tel. 62222  
Casilla 4655

LIBROS EN TODAS LAS RAMAS  
DEL SABER HUMANO

### EDITORIAL DEL PACIFICO — S. A. —

Ahumada 57 - Teléfono 89166

Casilla 3126

LIBRERÍA.—SALA DE  
EXPOSICIONES

### LIBRERIA SALVAT

Agustinas 1043 - Tel. 84734

LIBROS TÉCNICOS Y LITERATURA  
GENERAL

### LIBRAIRIE FRANCAISE

Estado 36 - Tel. 80504

Casilla 43 D.

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y  
LIBROS TÉCNICOS EN FRANCÉS.  
EN LENGUA ESPAÑOLA TODAS  
LAS NOVEDADES

### LIBRERIA SENECA

Huérfanos 836 - Tel. 32217

LIBROS TÉCNICOS Y  
LITERATURA EN GENERAL

### LIBRERIA NASCIMENTO

San Antonio 240 - Tel. 32062

LAS MEJORES EDICIONES  
NACIONALES Y EXTRANJERAS

### LIBRERIA CORCEL

Corrientes 1681 Buenos Aires

OBRAS ARGENTINAS Y  
AMERICANAS EN GENERAL

EL LIBRO: UN REGALO DIGNO Y PERDURABLE. PREFIERALO Y ELIJALO  
ENTRE LAS EDICIONES NACIONALES \ CAMARA DE EDITORES DE CHILE

Mauricio Amster

diseños tipográficos para publicaciones

y propaganda

PLAZA BULNES 79, Dep. 115

Teléfono 84411

## Novedades Editoriales Zig-Zag

EL SECRETO DE LA BOMBA ATÓMICA.—Selig Hecht. Todo el proceso de transformación de los átomos en potencia expansiva, potencia que dió origen a la bomba atómica, es desarrollada en la obra del profesor Hecht con todo lujo de detalles y en forma clara y sencilla. El estilo ágil con que están desarrollados los temas da mayor interés a la obra y al final de su lectura experimentamos una sensación triunfal de haber completado un curso de física con la misma facilidad con que se lee una novela de trama apasionante. De nuestra *Biblioteca Cultural*. Edición de lujo \$ 100. En rústica \$ 80.00

LA TÉCNICA ANTIGUA.—Hermann Delis. Una de las exposiciones más interesantes sobre el desarrollo de la técnica en la antigüedad es ésta que presentamos y recomendamos especialmente a estudiantes de Humanidades y a cuantas personas les interese el conocimiento de las civilizaciones antiguas. Contiene un documentadísimo estudio sobre la ciencia de los helenos e interesantes capítulos dedicados a los inventos en la antigüedad. Libro de interés para todo hombre culto en general y necesario para estudiantes en particular. Última de nuestras obras de *Biblioteca Cultural*. Edición de lujo \$ 120.00 En rústica: \$ 70.00

DESPACHAMOS CONTRA REEMBOLSO PARA CHILE, SIN GASTOS DE FRANQUEO  
PARA EL COMPRADOR. — EN VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERÍAS

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.  
CASILLA 84-D SANTIAGO DE CHILE



## Colección del Olivar

En esta bellísima Colección de obras maestras, editadas con un refinamiento inigualado en el país, han aparecido los siguientes títulos:

J O R G E M A N R I Q U E

### COPLAS A LA MUERTE DE SU PADRE

150 ejs. numerados, en papel Shadow-mould Narcissus. Edición manuscrita. Rústica: \$ 300.— Con pastas en pergamino rotuladas a mano y estuche de bibliófilo: \$ 600.— (Agotada)

M I G U E L D E C E R V A N T E S

### EL LICENCIADO VIDRIERA

230 ejs. numerados, en papel Shadow-mould Narcissus. Edición facsímile para el 4.º Centenario del nacimiento del autor. Rústica: \$ 300.— Con pastas en pergamino rotuladas a mano y estuche de bibliófilo. \$ 600.—

S E M T O B D E C A R R I O N

### PROVERBIOS MORALES

120 ejs. numerados, en papel Shadow-mould Laurel, en rústica: \$ 300.—  
30 ejs. numerados, en papel de tina, blanco, con pastas de pergamino rotuladas y doradas a mano y estuche de bibliófilo: \$ 700.—

PEDIDOS A LA REVISTA **Babel** ALAMEDA 2555, SANTIAGO

Calzado  
**ROYLE**  
Calidad

DIRECCIÓN POSTAL:  
ESTADO 268  
SANTIAGO

DEPOSITOS:  
AHUMADA CON AGUSTINAS  
SANTIAGO

PROVINCIAS:  
RANCAGUA            CURICO  
TALCA    CHILLAN    CONCEPCION  
TALCAHUANO    TEMUCO

DIRECCIÓN TELEGRÁFICA:  
"ROYLE"

**ADINA AMENEDO**

ENCUADERNACIONES DE LUJO  
EN CUERO Y PERGAMINO

PLAZA BULNES 79, Dep. 115

TELEFONO 84411

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

**LIBRERIA UNIVERSITARIA**

Edificio de la Universidad de Chile, Alameda B. O'Higgins N. 1058,  
2. Piso, Casilla 10 - D. Teléfono 82451

OBRAS EN VENTA APARECIDAS RECIENTEMENTE:

- |   |          |  |         |
|---|----------|--|---------|
| <b>ANABALON S., Carlos,</b><br><i>Tratado Práctico de Derecho<br/>Procesal Civil Chileno, 2<br/>gruesos volúmenes.....</i>  | \$ 400.- | <b>GONZALEZ, Angel Custodio</b><br><i>Del Amor Cautivo (Sonetos)<br/>Premio de la Sociedad de<br/>Escritores de Chile. Poesía<br/>inédita.....</i> | \$ 35.- |
| <b>DOMEYKO, Ignacio,</b><br><i>Memorias (Recuerdos de un<br/>emigrado). Vol. I.—Traduc-<br/>ción al castellano de la ver-<br/>sión francesa por D. Manuel<br/>de Ferrari (Juan Carrera)..</i> | 60.-     | <b>JESCHKE, Hans</b><br><i>La generación de 1898 en<br/>España. Traducción y notas<br/>de D. Y. Pino Saavedra...</i>                               | 50.-    |
| <b>GAETE B., Alfredo, y otros</b><br><i>La Seguridad Social.....</i>  | 40.-     | <b>MARSHALL, Enrique</b><br><i>La Ciencia de la Economía,<br/>2.a edición. 2 tomos.....</i>  | 160.-   |

SE RECIBEN OBRAS EN CONSIGNACION - SE HACEN  
ENVIOS CONTRA REEMBOLSO - SOLICITE CATALOGOS

## Colaboradores

JAMES T. FARRELL.—Autor de la trilogía *Studs Lonigan* que acaba de traducirse a nuestro idioma. Ha publicado en BABEL: «Final de una década» (N.º 9); «Tributo al Gran Viejo» (N.º 15-16); «Literatura e ideología» (N.º 19); «La fe de Lewis Mumford» (N.º 23); «El lenguaje de Hollywood» (N.º 25); «Sherwood Anderson» (N.º 32); «El tema social en el realismo americano» (N.º 37). Tradujo Catiucha.

ALEJANDRO VALLEJO.—Periodista colombiano de *El Tiempo* de Bogotá, de donde extractamos el presente artículo. Hemos publicado testimonios coincidentes de B. Sanin Cano: «Rumbos del espíritu», y «Sobre un fondo de conquista y factoría» de Ezequiel Martínez Estrada en el número 41; «El borrón de la hispanidad» de Eugenio González en el número 23. Además de algunos juicios anteriores de Leopoldo Lugones, Alfonso Reyes, Luis de Zulueta, etc.

GONZÁLEZ VERA.—Autor de *Vidas mínimas* y de *Alhué*. Véase «Estudiantes del año 20» (N.º 28); «Mis relaciones con la religión» (N.º 35); «En el Club de Septiembre» (N.º 37); «Aprendiz de barbero» (N.º 39); «Cuando era muchacho» (N.º 40); «Vuelapoco y otros» (N.º 42); «Patancha y el vegetariano» (N.º 43); «Maruri esquina de Cruz» (N.º 45); «En el Liceo» (N.º 46).

EUCLIDES GUZMÁN.—Joven cuentista chileno de la nueva generación. Véase «Carta acerca de una muchacha» (N.º 29); «Una viña en la noche» (N.º 31); «Mi primer crimen» (N.º 33); «Yo lo sabía...» (N.º 35); «El nacimiento» (N.º 37); «Justicia local» (N.º 39); «El experimento» (N.º 41); «El hombre que venía de la pampa» (N.º 43); «Un experto en arquitectura egipcia» (N.º 45).

JORGE JOBET.—Joven poeta chileno de la nueva generación. Véase en el número 32 de BABEL su «Cántico de tiempo». Ha publicado hasta hoy un sólo libro de versos. Anuncia otro.

PAUL GROUSSAC.—1848 - 1929. Véase en el número 3 de BABEL su cuento: «Pascua sangrienta», que bajo el transparente disfraz de Próspero Grimsel, cuyas iniciales corresponden al verdadero nombre del autor, recuerda una trágica experiencia de su niñez en un ambiente clerical y anti-semita.

IGNACIO SILONE.—Autor de «Fontamara», «Pan y vino» y «La semilla bajo la nieve». Véase en BABEL «Un recuerdo infantil» (N.º 1) y «Solo la verdad nos salvará» (N.º 27). En el mismo número 27 viene un estudio de Enrique Espinoza en torno a la obra de Silone. El trabajo que insertamos ahora lo tradujo Oscar Vera.

# Babel

REVISTA DE ARTE Y CRÍTICA

DIRIGIDA POR ENRIQUE ESPINOZA

AQUÍ SE CONFUNDE EL TROPEL  
DE LOS QUE A LO INFINITO TIENDEN  
Y SE EDIFICA LA BABEL  
EN DONDE TODOS SE COMPRENDEN.

Rubén Darío

SEPTIEMBRE—OCTUBRE, 1948

AÑO IX **47** VOL. XI

SANTIAGO DE CHILE

## SOBRE UNO DE LOS PRINCIPALES PROBLEMAS LITERARIOS DE HOY

---

HAY MILLONES DE HOMBRES LO BASTANTE DESPIERTOS PARA REALIZAR TRABAJOS FÍSICOS; PERO ÚNICAMENTE UNO DE CADA MILLÓN ESTÁ LO BASTANTE DESPIERTO PARA UN ESFUERZO INTELECTUAL EFECTIVO, SOLAMENTE UNO DE CADA CIENTO MILLO-  
NES PARA UNA VIDA POÉTICA

THOREAU.

EN UN período de guerra y revolución, en una época en que la crisis resulta permanente y «normal», es obvio que los escritores se sientan llevados a influir y participar de algún modo en la solución de los problemas apremiantes. La política en tiempos de crisis profunda ocupa el primer plano. Dominios cuyos intereses en tiempos normales considerábase indiferentes y hasta extraños a la política, se vuelven de pronto politizados. La bomba atómica plantea hoy entre nosotros, este problema en forma inaplazable. La ciencia misma no logra liberarse de la política. Y como la ciencia, la literatura no puede desligarse de ella. Tales hechos determinan, pues, cómo debe plantearse ahora la crítica literaria. El mundo está hoy más organizado, más centralizado, más trustificado. Las empresas pretenden seguir extendiendo aun el área de su influencia y dominio. Actúan como el pulpo. La cultura es organizada en escala cada vez mayor, porque como es bien sabido, aquella fase de la cultura que tiene relación con los grandes auditorios está organizada en Norteamérica sobre una base monopolista o casi monopolista. También el Estado moderno incide cada vez más amplia y profundamente en la vida del individuo. Asimismo extiéndese su área de control. Por tanto, uno y otro, el Estado y el monopolio o casi monopolio modernos, comienzan a desempeñar un papel preponderante dentro de la cultura coetánea. Otras organizaciones, grandes o pequeñas, religiosas o políticas, muestran igualmente cada vez mayor interés en este problema. Todo lo cual indica que se debe definir cuanto se relaciona con la libre expresión de la cultura, teniendo en vista dichas circunstancias. Así, por ejemplo, considerábase hasta hace poco tiempo como puramente político el problema de la libre expresión literaria. La libertad del escritor reducíase principalmente a una lucha contra la censura. En especial, contra los intentos legales de coartar el esfuerzo de aquellos escritores responsables que al empeñarse en ser veraces eran tildados de obscenos.

Hoy el aspecto económico de la censura es más importante quizá. Grandes empresas financieras practican tácita o abiertamente la censura en su misma raíz, una especie de autocensura. Esta práctica se advierte con mayor claridad en la industria cinematográfica. En efecto, el código de producción es un código legal privado establecido por esa industria para controlar lo que puede o no entrar en las películas. Como es bien sabido, contiene una cantidad de prescripciones sobre la manera de enfocar los temas y especialmente la presentación de algunas escenas.

En los últimos años, durante la guerra sobre todo, el uso político de la cultura alcanzó un alto nivel técnico. El Estado moderno está interesado en poner la cultura a su servicio. Ejemplos notables de utilización de la cultura como instrumento de política estatal, fuera del Tercer Reich, aparecen a la vista en el régimen de Stalin. Y no ha faltado en Norteamérica durante la guerra. El uso por parte nuestra de la cultura con fines políticos en la América Latina es, verbi gratia, un hecho innegable. El papel del Estado puede observarse asimismo indirectamente. Ahí está el caso de la ocupación militar. Los generales o quienes obran bajo su control tienen hoy poder para decidir qué libros, películas y obras teatrales convienen a las poblaciones que gobiernan. Hablando sin particularismos, tales decisiones afectan a la crítica y al papel teórico del escritor y a la propia función de la literatura dentro de la sociedad.

Con todo, es posible observar con demasiada frecuencia un desentendimiento casi caballeresco de tales problemas en las querellas literarias. Los numerosos críticos que polemizan al respecto no toman en cuenta al hecho manifiesto en toda su amenazante gravedad. Detrás de la cultura de hoy está el brutal y frío poder económico y político. Frente a este poder no hay duda que los escritores carecen de la libertad que se atribuyen. Hay mucha diferencia entre una libertad de expresión formal o legal y una verdadera y operante libertad de expresión. En Norteamérica existe más libertad de expresión formal o leal que real y práctica. Si discutimos los problemas referentes a la libertad del escritor en Norteamérica de un modo puramente formal, citando leyes, antecedentes jurídicos y garantías constitucionales, no tocaremos el verdadero estado de la libertad de expresión en este país. Si sobre la base de tal planteo formal desarrollamos teorías concernientes a la función de la literatura, al papel del escritor, sus deberes y responsabilidades, nos alejaremos aún más.

Empero, eso es lo que hacen con frecuencia muchos críticos, educadores y hombres de diversa significación pública. Refiriéndose a un análisis político semejante, Marx acuñó hace mucho tiempo la frase «cretinismo jurídico». Hoy topamos con muchos ejemplos que pueden describirse como «cretinismo literario». Constituye uno el múltiple intento que se ha hecho para usar la literatura como educación para la democracia, tanto en Norteamérica como en el exterior y especialmente en las zonas ocupadas. Lo que implica una carga y un cargo para el escritor. Su deber consistiría en hacerlo en forma que ilustre el sedicente modo americano de vivir, paradigma de una existencia democrática. Al mismo tiempo un buen número de escritores son acusados de no haber cumplido como americanos, como demócratas y como ciudadanos, pues dejaron de escribir novelas y cuentos para encender el entusiasmo por la «democracia». Debido a ellos los alemanes podrían creer que Estados Unidos no es un país democrático. Los críticos que manejan tales mentiras y trivialidades no establecen conexión alguna entre sus consejos y las verdaderas manifestaciones del poder. En general, asesores y administradores están sujetos a las decisiones de los comandantes, de los políticos y de los hombres de negocios que tienen el poder de distribuir las obras culturales, artísticas o literarias. El intento de usar la literatura con fines educativos para la democracia bajo tales auspicios, significa en verdad el propósito de usar la literatura como instrumento de política imperialista. Es un propósito democrático en su expresión, pero no en su contenido ni en sus implicaciones. Contiene asimismo una negación del tan cacareado derecho del escritor para crear según su propia visión y sentimiento. Y sólo puede conducir a la eliminación de la soberanía del artista sobre su material. Si el artista no es dueño de su material no es un artista libre. Vale más llamar a las cosas por su nombre.

Cuando los críticos se acercan a la literatura con tales designios, cuando critican ciertos trabajos para ilustrar tales designios, dejan de confiar en su propia capacidad crítica. En vez de influir en el juicio y la lectura de los libros, defendiendo, avanzando y completando sus valores, recurren indirectamente a las palabras del poder y de la autoridad. En realidad apoyan sus ideas en ellos. Establecen un enfoque crítico basado en las necesidades del Estado, que no son las mismas del individuo.

La literatura seria, el arte serio enfocan generalmente los problemas disimulados de una época. Los problemas reales que afronta el individuo directa y personalmente no asoman a la superficie de los escritos periodísticos en boga, de las imágenes convencionales, de los editoriales y manifiestos políticos. Pues a fuer de hombres y mujeres reales no pensamos ni actuamos en función de los artículos y discursos electorales. Esto es un axioma. No importa con qué urgencia sintamos necesidad de participar en la solución de los candentes problemas del día, no importa cuán seriamente anhelemos hacer algo para crear un mundo mejor, los problemas con que nos enfrentamos y el modo con que medimos los caracteres y los acontecimientos en nuestra conciencia, no están reflejados con claridad en los discursos políticos, en las prédicas periodísticas, en los formales informes sobre la democracia ni en las imágenes convencionales del diario vivir. En ese sentido los verdaderos problemas, del punto de vista del individuo, están disimulados. En ese sentido, el arte pugna por dar forma, explorar y sintetizar en público los ocultos problemas de la época. Pero al hacerlo, el arte inventa imágenes que no coinciden con las imágenes formales consagradas como representativas de la época. Así muchos críticos que han aceptado hablar de los libros en un disimulado lenguaje autoritario no están preparados para discutir en serio de arte. Frente a él todo lo que pueden hacer es enojarse. Están cada vez menos inclinados a aceptar una literatura de últimas consecuencias, de revelación. Exigen más bien una de ilustración. A esto llaman afirmación, certeza, fe en el hombre, fe en el mañana, fe en la dignidad humana. Pero la verdadera dignidad humana exige libertad. El artista sólo es capaz de dignidad cuando es soberano de lo que hace. Pidiendo una literatura, una cultura digna, esos críticos atacan la base misma de la dignidad real, personal, del artista y del escritor. Teóricamente la posición de dichos críticos y educadores es incierta e indefendible. A menudo su flaqueza está enmascarada en la confusión que hacen de sus propios designios didácticos y de planilla con lo que es inherente al arte y a la literatura. Un deliberado acercamiento a la literatura difiere de cualquier explicación de lo que es inherente a ella. Sin embargo, esta confusión aflora en la base de muchas polémicas literarias contemporáneas y las torna estériles. De paso, el mismo hecho puede observarse en muchos debates concernientes a la llamada literatura «proletaria» de la década del 30. Los críticos que pedían que el arte fuera un arma, que hablaban

rígidamente del carácter clasista de la literatura, que recomendaban a los escritores afirmar la vida dentro de sus pretendidos valores revolucionarios, consideraban también en general sus propios designios programáticos como inherentes a la literatura. Otros críticos, de años más recientes, al pedir que la literatura se ajustara a su línea política hicieron lo mismo. El resultado de todo ello es la confusión de los lectores. Y cuando los lectores están confundidos se desvirtúa uno de los fines fundamentales de la literatura. Queda nulo su propósito, que no es otro que aumentar la comprensión, la simpatía, la humanidad y la conciencia del lector. Estén o no en lo justo críticos y educadores como Howard, Mumford, Jones y otros esto no quiere decir que sus recomendaciones y exigencias sean inherentes a la literatura. La historia de la literatura no garantiza ninguna aserción probatoria de que el arte *debe* convertirse en una educación para la democracia. Claro que una aproximación programática a la literatura no está necesariamente en contradicción con lo que es inherente a la literatura. No puede deducirse de lo que digo aquí que un crítico o un escritor deba carecer de un programa literario o de cultura. Pero es preciso puntualizar: debe saber que su programa es un programa y no una receta literaria para todos los tiempos y bajo cualquier condición.

Cada época y cada forma de sociedad desarrolla su propia teoría en torno al papel de la literatura. Diferentes fines han llevado a los hombres a escribir libros en períodos diferentes. Del punto de vista programático una de las tareas que corresponde a los críticos y escritores actuales es forjar un programa que no viole la propia dignidad del artista. Algunos críticos y escritores forjan ahora tal programa. Pero el suyo es un programa que concibe realmente la literatura como un instrumento político. En Hollywood, la concepción dominante de la cinematografía la reduce a un medio de entretenimiento. Junto a esta concepción se añade otra que concede a la película un fin educativo, instrumentalmente cultural para el advenimiento de un mundo mejor. La aplicación de ambos conceptos es tendenciosa. Y ello se observa no sólo en los discursos y situaciones de los personajes de las películas sino, lo que es más importante, en la misma disposición de las escenas. Conceptos paralelos son aceptados asimismo en el mundo literario. Por tanto, se ha creado de tal modo una literatura superficial, de carácter tendencioso. Es otra consecuencia inevitable del propósito de hacer de la literatura un mero instrumento político.

Tanto los lectores como los escritores están íntimamente convencidos de que esta literatura superficial y tendenciosa no es satisfactoria. Porque los deja ansiosos, llenos de sentimientos y problemas sin resolver. Parafraseando el aforismo de Goethe: la teoría es gris, el árbol de la vida es verde y dorado, cabe decir: una literatura que no conserva en nosotros lozano el árbol de la vida contribuye a la formación de una conciencia humana de modo idéntico que la propaganda comercial. Sólo ayuda a crear en el lector una rígida y complicada red de simples reflejos condicionados. Meros clichés que impiden la comprensión cabal. Los hace más bien dependientes que libres. La literatura es todavía en los Estados Unidos una de las formas más libres de expresión que nos quedan. Pero el empeño de los críticos, escritores y educadores neotendenciosos ha de redundar en una seria disminución del área de dicha libertad. En última instancia, están predicando una literatura de seguir-al-líder. Y una literatura de seguir-al-líder es diametralmente opuesta a aquella cuyo fin consiste en descubrir la significación de la vida con su dolor y su gozo, abriéndola a nuevos e insospechados caminos interiores. Esta posición antípoda, que plantea uno de los principales problemas literarios de hoy clama por una verdadera discusión que no deje fuera los problemas y cuestiones referentes al poder. La literatura de seguir-al-líder está desde luego por la trustificación política y económica de la misma. Ciertamente que ahora pone a su servicio una ideología democrática, un lenguaje democrático. Pero esto precisamente nos plantea uno de los principales problemas literarios y culturales de nuestra época.



## LA HISPANIDAD DE AMERICA

SE HABLA mucho ahora en España de hispanidad, tanto como en América, pero no tanto de la hispanidad de España—con lo cual ya tendrían sobrado tema y trabajo desde que la italianidad y la germanidad se han infiltrado violentamente en las venas de esa nación bastardeándola lastimosamente—sino de la hispanidad de América.

El tema es tan apasionante, que el exceso de pasión casi lo obscurece, y tenemos que hacer mucho esfuerzo para ver claro. Y en primer lugar situarnos, desligar los conceptos; para los españoles la hispanidad de América es cosa muy distinta que para nosotros los americanos; tenemos acerca de ello conceptos no solamente diferentes sino antagónicos. Y para decirlo de una vez, para nosotros los americanos la hispanidad es cosa del pasado, de la tradición de una tradición y de un pasado, que, a pesar de muchas reservas, les conservamos cierto romántico apego; leyendas y poesía, tal cual casona, tal torre y tal escudo, nombres, costumbres de las cuales nos da ya trabajo deshacernos, pero que ya no corresponden realmente a ninguna necesidad vital, mitos, cosas todas, en fin que están muriendo o están muertas, en polvo, o en turno de demolición. Pero en cambio para los españoles la hispanidad de América es no sólo cosa del pasado sino también y principalmente del porvenir.

Lo que a nosotros nos interesa es averiguar qué es lo que más nos conviene: si conservar nuestra hispanidad o afirmar nuestra personalidad o lo que da lo mismo, nuestro porvenir. Pero ocurre que aunque de una manera sentimental quisiéramos que los dos aspectos, hispanidad y americanidad, subsistieran en nuestra vida, con un criterio realista vemos que es imposible. La americanidad no se afirma sino a medida que desaparece lo español, toda huella española, todo vestigio no sólo español sino europeo.

«No comprenderemos nunca por completo, dice Waldo Frank, lo que hay de potente en América, sino averiguamos antes lo que hay de viejo y de caduco en su propia vida, sino no nos damos cuenta que durante varios siglos el mundo americano ha venido siendo el teatro de los funerales de la cultura europea.»

## LAS SASTRERIAS

Al doctor Abraham Schweitzer

Es imposible acomodar el ritmo joven de América a la solemne marcha de lo funeral español.

Lo español, que tuvo su innegable esplendor, es algo tan muerto como lo romano y lo griego. Y no solamente entre nosotros sino en España misma, y no de hoy sino de hace mucho tiempo. Cánovas del Castillo, uno de los políticos españoles que mejor conoció a su patria, y que mejor vió y más a fondo lo que era eso que se llama lo español o la hispanidad, se llegó a convencer completamente que lo español no tenía posible resurrección, y por eso dijo: «Solamente el que no puede ser otra cosa se resigna a ser español.» Y eso que Cánovas era conservador.

Con estas palabras Cánovas quería expresar el deseo de que su propia patria abandonara lo español por lo europeo, la hispanidad por la europeidad; solamente que hoy no lo diría porque también lo europeo está agonizando.

Toda España es aragonesa; y especialmente esta España franquista o falangista que tiene entre ceja y ceja la tozuda idea de la reconquista americana, idea que durante un siglo estaba adormecida,\* pero que ahora revive\*\* y se alimenta con alimentos que le llegaron de fuera, de Alemania, de Italia y de aquí mismo, de toda esta gente que habla de afirmar nuestra hispanidad, es decir, no solamente no renegar del pasado, conservar los viejos claustros ruinosos, los pobres patios vetustos, las torres, las leyendas, los mitos, remozar las casonas, sacudir las telarañas de escudos y linajes, sino también volver a vivir en ese pasado, vivir permanentemente prosternado con «la mano en el pecho», ante la madre patria, manteniendo como oro en polvo el idioma tal como de allá nos vino (como si aquí no hubiera vivido cuatro siglos golpeándose contra el suelo y contra la humanidad americana) observando las viejas costumbres, prendidos a la misma cultura y a los mismos vicios que nos legó España.

El gran problema de nuestra América es sobre todo un problema de independencia. Si no la queremos perder completamente tenemos que salirnos de las ficciones en que hemos vivido y sobre todo de ficciones tan caducas como la de nuestra hispanidad.

\* Sin embargo, ya en 1882 escribía Martí: «Hoy, sobre todo, que en ciertas comarcas de nuestra América, en que arraigó España más hondamente que en otras, se capitanea, bajo bandera literaria y amor poético de la tradición una mala empresa de vuelta a los estancados tiempos viejos»...

\*\* Véase asimismo «La idea imperial de Carlos V», por Ramón Menéndez y Pidal. *Notas de la Dirección.*

GUIADO por un avisito del diario entré de mozo en una sastrería, situada en Rosas cerca de Puente. Uno de los socios era cortador. El otro aportaba capital y era pescadero en la Plaza de Abasto.

En la mañana barría, sacudía, colocaba cortes de casimir en el trozo de muro comprendido entre las dos puertas; en seguida llevaba trabajo a vestoneros y costureras. Desde el miércoles repartía ternos. Cuando encontraba al cliente recibía veinte o cuarenta centavos de propina. Si estaba ausente debía dejarlo en manos de la criada o la señora. Ninguna de las dos me daba nada. Las mujeres no son generosas con el dinero. Al menos, la señora me sonreía. La criada hacía un gesto de fastidio y cerraba la mampara al momento. Desconfían mucho de los demás pobres.

Mientras había un cliente y mi patrón lo abrumaba mostrándole telas, mi deber era doblarlas nuevamente. En recompensa oía sus argumentos. El comprador desea un casimir de pura lana, el vendedor arguye que son todos los que le muestra, y lo prueba oprimiendo entre sus dedos la tela y soltándola. Si no conserva arruga alguna, es lana. Sin embargo, hay escépticos que siguen cavilosos. Entonces se coge el género por un extremo y se le acerca un fósforo. La hebra prende y se apaga. Esto también demuestra que es lana y todavía lana inglesa. Se agrega que es un cuero y que un traje confeccionado con tal casimir dura tanto que uno puede enterrarse con él. Si el cliente no logra objetar el dibujo ni el colorido, se ve obligado a pedir que le tomen las medidas.

Suele suceder que el interesado venga con su esposa. Esta variante agrega al negocio un factor imponderable, que no superará sino un comerciante de experiencia. Aunque el traje es para el marido, es casi seguro que la elección será decidida por la dama.

Al terminar el aseo matutino, podía recrearme viendo llegar a las alumnas del colegio religioso del frente. Eran muchachitas bien vestidas, muy donosas las más. También

colábase un cura de fino perfil, distinguido, cuarentón, que coincidía con la imagen, latente en mi memoria, del abate Aramís.

Alrededor de las once pasaba, no por la acera, sino por la calle, entonces raramente frecuentada por vehículos, un hombre de levita y sombrero de copa, rosado, macizo, que — pesar de su solemne vestidura — tenía el paso lento y largo del campesino. Caminaba comiéndose una enseimada, muy inclinado hacia adelante, temeroso de que cayera en su levita el azúcar. Nunca se le vió acompañado. Solitario daba vueltas en torno del centro o se detenía en cualquier esquina. Supe que le llamaban «el incandescente». Las revistas ocupábanse de su persona. Alguien reveló su nombre pero no se supo su origen, su domicilio ni nada que le atañera.

\* \* \*

A los dos meses apareció en la sastrería un sobrino del cortador, que venía en calidad de aprendiz. Tenía viveza y era conversador.

En la tarde daba su vuelta el socio capitalista, hombre bien plantado, de carácter alegre. Se charlaba al azar. Por singularizarme dí juicios contra la guerra y aventuré palabras imprudentes sobre religión. Al abastero no le agradaron mis opiniones. Pertenecía a ese tipo de chileno cuyo patriotismo es hermético. Decir ante ellos que la guerra es un crimen es injuriar al país. El triunfo militar de Chile en la contienda del norte manteníase fresco, y los ideales que la nación entonces sustentaba eran militaristas. Aunque uno se refiriera a la guerra en abstracto, sin mencionar pueblo alguno, alguien exclamaba al instante poniendo ojos torvos:

— Parece que usted no fuera chileno...

El momento era delicadísimo. Un titubeo en la respuesta podía bastar para que le lloviesen los mojicones.

La fama de Chile era fiera. Contóme un argentino que cuando hubo peligro de conflicto entre su pueblo y el nuestro, ellos abrigan cierto temor. Casi les asistía la certeza de ganar o conservar el equilibrio con armas de fuego, pero les desasegaba tener que verse con los chilenos en lucha cuerpo a cuerpo, en la cual éstos abrirían con sus corvos el vientre de cuantos se acercaran.

El abastero, sin enojo, empezó a llamarme «el pelbrano». No sé por qué no podía pronunciar peruano. Expresó que le gustaría vernos pelear al sobrino y a mí. Apenas se hubo ido, me propuso el sobrinito que ensayáramos a la salida. Rechacé su proposición. ¿Por qué íbamos a pelear sin motivo? El, que tenía anchas espaldas y dinamismo, quedó insatisfecho. Reiteróme el convite casi a diario y, como no le hiciera caso, dió en la maña de darme manotones al pasar.

Fuí desde pequeño poco camorrero. En la escuela del pueblo, al llegar una mañana con una corbata que se sujetaba bajo las alas del cuello, los mocosos de mi curso me la quitaron de un tirón. En vez de arremeter en contra de ellos, busqué, llorando, el amparo del profesor.

A poco de venirme a Santiago entreteníame, en la puerta de un almacén, en tirar al aire granos de maíz. Cayó uno en la cabeza de un chico que pasaba. Se indignó. En vano le dí excusas. Quería camorra y de palabra en palabra evolucionó hasta entrarme una bofetada en las costillas. No me quedó otra salida que pelear. Al primer o segundo encuentro le toqué la nariz y un hilillo de sangre empezó a fluirle. El muchachito asustado soltó el llanto. ¡Qué esfuerzos no hice por consolarle! Me injurió cuanto quiso y debí aguantar como bueno. Al irse sentíme monstruo y quedé con la idea de tener las manos pesadas.

Tiempo después, — en casa de Ledesma, — que poseía guantes de box—, me los puse por mera curiosidad con un joven que me echó al suelo del primer golpe. Pronto Ledesma me instruyó en su manejo y aprendí a protegerme el rostro y el estómago. Seguí poniéndomelos a las pérdidas con mi amigo sin que pasara de un juego. Se agregó a nosotros un joven peluquero, algo más alto que yo, de cabeza pequeña, ojos fríos y brazos musculosos. Se le ocurrió enfrentarse conmigo por casualidad.

El peluquero, no bien sopesó mi empuje, me acometió con su derecho deseoso de golpearme entre ceja y ceja. Con el mismo brazo desvié los golpes y con mi izquierdo me hacía presente en su costado descubierto, sin saña, como quien deja su tarjeta de visita. Se enojó grandemente y por instantes lograba intimidarme con el fulgor de sus malignos ojos. ¡Qué empecinamiento el suyo! Aunque no sabía manejar su izquierda, continuaba arremetiéndome con tremendos rectos. Su propósito de estropearme la cara llegó a obsesionarle. El encuentro perdió interés para mí. Veíame obligado a perma-

necer a la defensiva puesto que no era mi deseo golpearlo. No obstante, a la primera falla de mi defensa podía echarme al suelo, magulladísimo. El bribón se resistió a supender la pelea. Anhelaba cansarme y zurrarme en seguida. Dejé los guantes y él con pesar y rencor dejó los suyos. Acesaba sin dejar de clavarme sus ojos fríos y metálicos. Mis recursos eran mayores, pero me aventajaba en resistencia.

En los días de la semana encontrábase en la puerta de la peluquería. Era perro de presa y, con inquebrantable constancia, proponíame que volviéramos a ensayar, aunque fuera sin guantes. Le respondía que en tales condiciones acabaría conmigo en un momento. Esto no lo halagaba. Quería pegarme, establecer su superioridad sin circunloquios.

El sobrino continuó instándome a diario. A diario me negué. Arrecriaron entonces sus codazos, las zancadillas y las bromas mortificantes. Aguanté varios días tan desagradable prueba. Una tarde consiguió, por fin, alterarme y consentí en pelear a la mañana siguiente, guiado en esto por mi defecto de postergar las decisiones. El sobrino puso rostro de complacencia y hasta quiso que fuéramos a servirnos una golosina.

Llegué antes de las ocho y le esperé en el desierto pasadizo del colegio del frente. Diez minutos más tarde llegó mi contendor y se alegró tanto de verme allí, hecho un hombrecito, que pretendió abrazarme. ¡Qué sujeto más extravagante! Yo estaba indignado de no tener más salida que esa pelea estúpida, que ni siquiera obedecía a los móviles corrientes de toda riña. Sin retardo nos internamos por el pasillo. Puso su espalda contra la pared y yo me situé frente a él. Nos entregamos a lo nuestro. Me entró tal o cual golpe sin consecuencia. Le pegué en la oreja. Me respondió con un golpe al cuello. Así estuvimos uno o dos minutos. Luego, con toda mi fuerza le dirigí una bofetada a los ojos. Hizo un gracioso quite y mi puño rebotó en la muralla desconchándola ligeramente. Quedé con mis coyunturas sangrando. El sobrino se impresionó y propúsome suspender el encuentro. Veía que era un hombre... Accedí con pesar porque mi bestia estaba despertando. Nunca volvió a molestarme y mientras estuve en la sastrería fué un compañero divertido.

\* \* \*

En el colegio del frente celebraban el fin de curso con un té. Desde las cuatro empezaron a llegar jóvenes bien vestidos.

Salí a entregarle un traje al señor Granello, que vivía en el portal del mismo nombre, en Alameda. Me hicieron entrar. Atravesé habitaciones con muebles suntuosos, espejos, cuadros y me detuve en una especie de antecámara. Desde ahí la servidora que me guió, mujer de seguro criada con salitre, por lo opulenta y crecida, alzó su voz:

— ¡Señor, le traen el terno!

— Dale dos pesos, Margarita.

Tanto la voz del joven señor como su respuesta parecieron dignas de un hombre superior. Jamás lo olvidé y en el camino de los años me lo presentaron. Era un mozo desgarbado, de rostro un tanto oriental y de trato sencillo y cordialísimo.

Al regresar a la sastrería estaba oscureciendo. En la esquina de Puente hallé a varios jóvenes que abandonaban la fiesta escolar. Cada uno traía una cucharilla. Uno me la dió. Su faz irradiaba dicha. La jugarreta de hurtarse las cucharillas debió resultarles espiritualísima. Sin embargo, no actué mejor que ellos porque la llevé a mi casa.

Estuve de mozo cerca de un año y, repentinamente, como suelen presentarse algunas dolencias, comprendí que el sueldo era miserable. Nunca he logrado ver el dinero como bien permanente. Me alarmo cuando me falta y procuro ganar el indispensable, y vuelve a desaparecer de mis sentidos y de mis pensamientos. Otros individuos deben de verlo sienpre, sobre todo aquellos que comercian, porque cuanto imaginan a él se refiere.

La idea de solicitar aumento se adueñó de mí mientras caminaba, de vuelta del almuerzo, hacia el negocio. Apenas vino el sastre le presenté mis reivindicaciones. Respondíome que no le era dable pagarme más. Le pregunté entonces, con el debido respeto, si podía cesar al momento de ser empleado suyo. Casi con dulzura asintió. Advertí en su mirada la intención de descubrir en mí cierta enagenación. Pero no había tal. Luego de ayudarle a levantar la cortina metálica, lo saludé y me fuí hacia la esquina con alborozo y apresuramiento incontroles.

Vagué la tarde entera. Edificios, calles, personas y paisajes supiéronme a maravilla. Por primera vez revelóseme la existencia de los pisos superiores. Ningún prójimo habituado a caminar ligero (repartidores de telegramas, corredores de co-

mercio, mandaderos) sabe cómo son. El que transita de prisa recoge las imágenes de los pisos bajos, pero de los altos todo lo ignora. Es necesario andar despacio, estar libre de preocupaciones, para enterarse. Lo primero es un cambio de tono y decoración. En seguida viene el espectáculo de las ventanas. En unas hay plantas, en aquella se ve una jaula de bronce con su jilguero saltarín, en otro una mujer teje y mira, más allá la criadita frota los vidrios y sus ojillos auscultan la libertad, que es la calle con su vaivén de gentes, entre las cuales van mozos bizarros que acaso algo signifiquen para ella. En otra ventana se ofrece un fenómeno: un hombre joven, en bata, está acodado allí, impasible, a las tres de la tarde, hora en que millares, cientos de millares, en ciudades, minas y campos con sufrimiento o esfuerzo se están ganando el pan. Y él está allí sereno, despreocupado. Después del asombro inicial dan ganas de cogerle, colgar en su brazo un traje y decirle: ¡Amigo, trabaje también un poquito!

Sin saberlo llegué al Parque Forestal. Era libre y me iba ganando un sentimiento alegre y callado. Kropotkin dice que en la sociedad futura bastarán cuatro horas de buen trabajo para mantener a la comunidad. ¡Qué afortunados serán los hombre del porvenir! Podrán pasear bajo los árboles, ir al campo o al cerro, regresar temprano a sus casas y desarrollar en paz alguna actividad desinteresada. Lo que es ahora la tarea consume el día de los asalariados y de los que inventaron el salario.

\* \* \*

Qué efímera fué mi libertad. Caí en otra sastrería estimulada por un sueldo mayor. En ésta la clientela formábanla italianos pudientes y caballeros del país. Eran más de mi agrado aquéllos, por sus gestos, sus voces tan ricas de inflexiones y por la ilusión que producen de estar representando cualquier cosa. Iba y venía con ternos. El sastre, italiano bajito, gordo, coloradote, hablaba briosamente con sus compradores. Al quedar solo cortaba y mostrábase reconcentrado, y producía la impresión de que sus difíciles pensamientos le harían estallar.

Al poco tiempo empezó a venir una señora erguida, encorsetada, mórbida. Debió de ser muy hermosa cuando el italiano la requirió de amores, y quizás si entonces sonrió a menudo. Ya no lo hacía. En vano espiaba su faz por si asoma-

ba una leve sonrisa. Nada. En las horas muertas de la tarde él cortaba y ella sacaba hilvanes. Solían estar en silencio, pero luego una conversación seca, continua, cuyo tono elevábase y decrecía, poníalos vibrantes. Valíanse del italiano. El, sin mirarla, cada tantos minutos, interrumpía el parloteo de ella con un ¡maledetta! Con voz chillona su mujer parecía recriminarle por muchos actos, por un cúmulo de hechos inaceptables, que enumeraba sin cansarse. Había en su voz un gran desprecio.

Cerca de la hora de cerrar entraba como una paloma, trayendo algo diáfano, la hija mayor, doncella con el cuerpo del padre y los ojos orgullosos de la madre. Era blanca, dorada. Serenábanse a su vista los dos, y aunque la señora no llegase a sonreír, manaba de su voz algo cálido y afectuoso. El sastre era más expresivo. Veíase en ella y veía también a la madre tal como él la quiso.

Sentía que estuviere tan poco. Con rapidez de pájaro escapaba de la tienda. Encontrábala más razonable cuando permanecía allí cierto tiempo. Si en este evento me encomendaba una compra, cumplía su deseo poco menos que volando. Mientras estaba en la sastrería costábame no mirarla. ¡Había tanto que mirar en ella! La miraba a pesar mío, la miraba de todas maneras.

Una vez se molestó:

—¿Encuentras en mi cara algo raro que me miras tanto?

No supe qué decirle. Después de cerrar e irme caminando hacia mi casa, se me presentó clara la respuesta: «encuentro que su rostro es muy hermoso.» Cómo lamenté que llegara con tal atraso el socorro de mi espíritu. Sin embargo, imaginé el efecto que en ella pudo causar, lo imaginé de modo halagüeño, porque es humano que uno se tenga un poco de compasión.

Durante días no se dejaba ver. ¿Cómo preguntar por ella? ¿Por qué preguntar por ella? ¡Qué difícil es actuar como se siente, aunque el sentir sea cordial!

De noche iba con un amigo al almacén que existía en Independencia esquina de Cruz. Perteneecía a un señor Mota, pero el vendedor era un chileno gordísimo, que echaba medio cuerpo en el mostrador, y acesaba cual un viejo reloj, lo que no le impedía ser, en los ratos libres, consejero de la juventud.

—¿Les gustaría saber de qué manera se encabeza una carta de amor? Así. No existe mejor forma: «Impulsado por la

irresistible pasión que me domina, me atrevo a dirigirme a usted...» Después sigue lo que cada cual siente. ¡Les envidio el amigo que tienen en mí!

Le miré con respeto. ¿Cómo un simple vendedor de mestras podía idear algo tan sublime? Torné enfebrecido a casa y en mi cuarto solo, grabé la frase feliz y seguí escribiendo a raudales, pero ninguna otra tenía el aliento de la prestada. Brotábanme oraciones confusas, infieles. Todos han visto volar una mariposa, posarse, continuar el vuelo. Los menos, acaso, la habrán presenciado en el hueco de un árbol, exánime. Este grado de diferencia media entre lo que uno siente y lo que se consigue expresar con la palabra escrita.

La carta quedó inconclusa y sin destino.

Sentíase descontenta de mí la madona y, como no era tímida, decía que era lerdo, que no aseaba bien y sus órdenes me las daba en el tono más odioso. Fué más lejos aún. Preguntóme si podría encontrar otra colocación. Lo dijo como si se tratara de una idea favorable a mis intereses. Le respondí que así lo creía.

Mediante una ligera argucia, hízome declarar que me iría tan pronto como acabase el mes. La satisface. En los últimos días conversó a menudo conmigo y se interesó por muchos detalles de mi existencia. Al despedirme sonrió y con qué seducción lo hizo. Era la compensación por lo que me quitara, porque el que a uno le debe algo, puede no pagarle en la misma moneda pero de algún modo lo hace.

De pasada, una semana sí y otra no, entraba a verla. Conversábamos un rato. Y al irme me gratificaba con la moneda de oro de su sonrisa. A veces caía cuando los cónyuges dialogaban con esa sequedad amasada de encono. Cada cual habría seguido distinto camino de no atarles el comercio y la familia. El sastre, al cabo de pocos años, halló su liberación. Lo fulminó un ataque.

A las pérdidas seguí viendo a la hija, y temeroso de que fuera la última oportunidad mirábala con ahinco. Seguía sin disminuir cierta distancia que me dictaba la consideración. Disfrutaba de su cabellera dorada, del movimiento de su cuerpo, el vaivén de su falda y hasta de la manchita oscura de su calzado. Todavía era placentero, al crecer la perspectiva, ver su contorno vago. No importaba por fin que desapareciese en la esquina inmediata, pues la seguía viendo en ese instante

y, con relampagueos, días y días. Confieso que estuve inspirado al mirarla tanto, porque casó luego con un comendador italiano que la llevó lejos, a lo desconocido.

\* \* \*

La necesidad condújome a otra sastrería situada en Monjitas esquina de San Antonio. Su dueño, ascético de figura, cojeaba ligeramente. Movíase con lentitud y hasta para vender usaba sólo parte de su voz y casi ningún gesto. Quien entrase debía decidirse al momento o irse al momento. El sastre no se apartaba de la más silenciosa cortesía. Mostraba las telas, indicaba el precio y callaba.

Al segundo día de mi entrada el sastre se enfadó grandemente. La costurera había planchado unos pantalones destinados a él. Rogóle aplicar la plancha por el revés para que desapareciese la raya. Gustaba de usarlos en forma de tubos.

Cuando nadie entraba, el ambiente de la pequeña sastrería era plácido, religioso casi. El italiano no hablaba por placer, sino por conveniencia, y con sus escasos ademanes parecía suplicar a los demás que tampoco lo hicieran. Inspiraba respeto y simpatía. Las costureras, que ocupaban el extremo del local, aunque sofocándose, cosían dos o tres horas seguidas en silencio. El sastre ausentábase por las tardes para probar a domicilio. Entonces las hijas de Eva conversaban velozmente, con locura, cada cual de un asunto diverso. Hacíanlo para oírse y comprobar que su mutismo era forzado. Antes que volviese el dueño cerraban sus labios y la aguja volaba.

El sastre dirigíase a mí como si fuera su hijo, y todo me lo pedía por favor. Corría en su servicio. Estaba atento a cuanto pudiera necesitar y se lo aproximaba. Una o dos veces me envió a su casa. La señora suya hacía me pasar a su habitación y me entregaba lo que iba a pedirle. Creí que hablaría copiosamente, mas sólo decía unas pocas palabras. Que llevara el objeto con cuidado, que le ayudase en todo, que ningún hombre era más bueno que él... Y no seguía. Pero lo que trascendía de sus gestos reprimidos, equivalía, a mi entender, a confidencias de horas.

Era una mujer enjuta, de ojos hermosos y dramáticos, cuyos gestos sofrenados en un santiamén tenían un poder de sugerencia inigualable. Estaba presa en ella misma. Tan luego como salía sentíame impelido a desarrollar sus fallidas

conversaciones. Imaginando su sentido no lograba llegar a la sastrería, tanto porque mi imaginación desatábase, como porque mi paso de mandadero me hacía exceder la distancia real. El sastre no me reprendió nunca, razón que me avergonzaba en mayor grado.

Solía hallar a mi patrón en la trastienda, en donde existía un pequeño escritorio, sentado, con la cabeza apoyada en sus manos y aire de dormido. Su oído era excelente y enderezábase al sentirme.

Escribía sin apuro, quizás si cartas de importancia. Al entrar de sopetón, en otra oportunidad, le hallé vuelto hacia la pared, con los brazos pegados al cuerpo y sus manos empuñadas bajo el mentón. Tan beatífica actitud no se avenía al marco del negocio.

Una tarde, al comenzar la bruma de la noche, se dirigió a mí un tanto afligido. No me dijo más de diez palabras juntas. Empero, cogí presto dos piezas de paño y las llevé a su casa. Torné por tres, por una y así... En una de mis idas, su mujer hízome sentar y me puso en la mano un pan con mermelada. Me preguntó si estaba cansado; mirábame, daba un paso, casi hacía un ademán. Debo expresar en su honor que sus movimientos apenas eran más vivos que los de su esposo. Estaba henchida de algo emanante y cualquier gesto suyo repercutía en mi sensibilidad. Si en todos los seres hay un asomo de locura, la de ellos y la mía concordaban.

—¿Y él no está muy abatido?

—No, señora.

Estuve hasta las nueve trasportando casimires. Bailábame la sangre en las venas. Era tal mi febrilidad que iba y venía sin cansarme. El viaje final lo hice con mi patrón. Después tomé el rumbo de mi casa y tardé en sentir el suelo bajo mis pies. Me sentía ligado a ese italiano por un no sé qué incomprendible, y, de pedírmelo, habría hecho por él cualquier cosa difícil.

Durante algunos años volví a experimentar profunda afinidad con personas de mi edad o mayores. Si cualquiera de éstas me lo hubiera pedido habríame dado entero. Creo no haber sentido jamás tanta satisfacción como en esos instantes. Con el tiempo esa virtud se segó en mí y por grande que haya sido la admiración que un individuo me causara, no le he correspondido sino a medias.

Supuse, por explicarme la faena que hice en la noche anterior, que el sastre se precavía de algún peligro inmediato,

acaso un embargo. Mi conjetura no se vió confirmada. Distintos sujetos vinieron a elegir materiales que pagaban al momento. Uno cargó con la choleta, otro adquirió los botones, aquél llevóse los mesones, éste los saldos de género. Luego dejaron de venir las silenciosas mujeres. Una tarde, la última para mí, el sastre ordenaba papeles en una mesita. Me dijo:

—¿Para qué lo retengo más? Y dió una mirada al desolado negocio. En seguida pasóme un sobre. Al recibirlo comprendí que era dinero. Me habría gustado ofrecérselo como acto de simpatía. Consideré que debía irme pues se me estaba estrechando la garganta. Algo dije. El me acompañó hasta la puerta y ahí agregó:

—Llévese este recuerdo...

Me fuí pegado al muro. Al llegar a la próxima esquina tuve que echar mano a mi pañuelo. Anduve al azar y, con sorpresa, me ví golpeando en la puerta de la señora. Esta apareció en seguida. La luz era escasa y pude apreciar sólo el brillo de sus ojos dramáticos. ¿Qué le dije? ¿Qué me respondió? Después vagué por la ciudad.

Vinieron otros años y, por casualidad, un comerciante se refirió a ellos:

Se fueron a Italia. ¡Usted vió cómo se querían! Entre ambos no había sino una palabra. Sin embargo, no estuvieron jamás contentos. Al fin, cada uno pudo volver a su respectivo convento. Supe el pueblecito en donde están, pero ya no lo recuerdo...



## VIVO PORQUE ME MUERO

---

LLORA mi voz con la esperanza muerta  
de los labios hinchados de los náufragos.  
Con la gente que acude a los incendios  
y tiene el alma erguida como el sauce.  
Llora mi voz con los aullidos rotos  
de los trenes que corren sin lamentos.  
Llora mi voz con el carbón que asoma  
en el párpado rojo de los hornos.  
Llora mi voz con el amor del hombre  
que tuvo entre sus manos una estrella.  
Llora mi voz con la palabra dura  
que quiso despedirse de la tierra.  
Llora mi voz con el subir del humo  
y la abeja que dobla la montaña.  
Llora mi voz con los fusiles mudos  
que no quieren matar porque se canta.  
Llora mi voz con las mañanas lúcidas  
y la mujer que olvida sus entrañas.  
Llora mi voz con los tumultos grises  
y la grávida nube que se vacía.  
Llora mi voz con el dolor del mundo  
que tiene que llorar todos los llantos.  
Llora mi voz como un latido eterno  
de lirios sofocados en el aire.  
Llora mi voz como el manzano cívico  
que coge entre sus ramas el espacio.  
Llora mi voz con el avión perdido  
y la trágica inercia de las anclas.  
Llora mi voz como el cordel salado  
que intenta penetrar las rubias carnes.  
Llora mi voz con señas de gaviotas  
y con pájaros nuevos que se llaman.  
Llora mi voz con su rumor de sangre,  
que se entierra o liberta como el ansia.

¿Qué designio alboral, y qué agonía,  
y qué sol de relámpagos me alumbran?  
¿Qué sollozo se crispa y se debate  
como el vino en las parras amarillas?  
¿Qué corrientes de fango y de rencores  
permanecen aún descoloridas?  
¿Qué misterio de mansos pescadores  
arponea sus redes imprecisas?  
¿Qué temores de muecas y de polvo  
se desgajan del límite marino?  
¿Qué profanan la greda y el murmullo,  
y la arcilla y el barro sorprendidos?  
¿Qué gotea en el fondo, torturándose,  
como el eco estancado en el vacío?  
¿Qué se mueve, se hunde y se arrebatata  
en esta invocación de dioses tristes?

Solitario, dorándome las órbitas,  
ni además encontrado en mi destino,  
el hogar de marfil se precipita  
con su bronco volumen de ternura.  
También las hilanderas se levantan  
y mi frío corazón sobre un junco.  
El tiempo de la duda no perfuma  
con su grave presencia fugitiva.  
Quizás a veces lloren, sin borrarse,  
las lágrimas más claras del rocío.  
He de vivir entrado en las imágenes  
donde la hierba sigue sus latidos.  
El corazón no piensa sus tristezas.  
Ni la noche del musgo es apacible.  
En el crudo rugir de la pobreza  
está la voz callada de la harina.  
Los peces se sostienen en las rocas  
y en las costas ocultas, desprendidas.  
Como un metal de jugos transparentes  
tendrá mi amor sus llaves redimidas.  
No he de morir negado y absoluto,  
como la flor concluye en sus raíces.  
Desde mis ojos aunque sea, y solos,  
dispararé mis cauces infinitos.

## ESA NOCHE

ES EXTRAÑO. Extraño y cruel al mismo tiempo. Haber estado juntos mirando las constelaciones y ahora ni siquiera recordarlo. Cual una racha de aire helado. ¿Cómo puede olvidar lo que yo tengo ahora en mí como mis propias manos? Mirar las constelaciones no es lo mismo que mirar otra cosa cualquiera. Es algo fundamentalmente distinto. Y entonces lo sabíamos. Estábamos conscientes de la gravedad de poner los ojos frente al cielo, con la tierra debajo de nosotros, pequeña entre sus meridianos, y prolongarse hacia arriba, hasta el infinito, donde las líneas paralelas se juntan. Y sentir que se juntan. Sentirlo emocionadamente, con un poco de miedo. Porque uno — que está solo — al lado de una mujer — que está sola — puede sentir en ese momento casi como si se asomara a la vida del otro, extraña, desconocida, inmensa. Como una racha de aire helado. Se busca en el cielo una constelación, aparentando que se hace algo sin importancia, por ejemplo el Navío, hasta juntar sus partes, la Carena, el Velamen, la Popa y el Mástil, y se queda uno mirando, asomado al enorme misterio. Y casi no se puede hablar, porque se mentiría. Cuando el viento helado de la noche comienza a desgredar los cabellos, se ahonda la sensación de soledad hasta tal punto, como si todos los habitantes de la tierra hubiesen huído. Y cuando todo desaparece, como si se estuviese suspendido en medio del abismo, se siente el poderoso contacto de la mano de la mujer, como el único asidero honrado. El silencio terrible se alarga siguiendo las dos líneas paralelas — palpando las dos vidas — hasta que se juntan en el infinito.

Esto es imposible que pueda olvidarse. Pero sucede. Sucede lo incomprensible. Algo frágil se rompe y no hay más que quedar con los ojos asombrados.

\* \* \*

No cuesta nada decir ciertas cosas. No cuesta nada decir, por ejemplo, que el guardafaro de la Isla Desolación, al suroeste del Estrecho de Magallanes, perdió la razón durante una tempestad. Veo al cronista soñoliento, que recibe el despa-

cho del lejano corresponsal del sur, y que trata de reproducir en forma «periodística». Está sentado frente a su máquina de escribir, en un escritorio estrecho, apurado por el ruido de las linotipias y prensas, y da chupadas al cigarrillo como si quisiera extraerle una desconocida substancia.

«El guardafaro de la Isla Desolación, al suroeste del Estrecho de Magallanes, perdió la razón durante una tempestad. Un barco danés observó extrañas intermitencias en la luz del faro, ajenas a las señales en uso, y dió cuenta a la gobernación marítima del Estrecho. La gobernación envió a un escampavía con seis hombres, que atracó con dificultad y después de gran trabajo lograron sacar a viva fuerza al guardafaro de su puesto, que no quería abandonar. Mientras lo llevaban al escampavía, logró desasirse de ellos, en un instante de descuido, y lanzando extrañas voces, corrió hacia el acantilado y se lanzó al mar. No se pudo rescatar su cuerpo.»

El hombre tiene una palabra para cuando se da cuenta que otro está viendo cosas desconocidas. Casi siempre en estos casos, después que siente un poco de miedo, dice, para defenderse: «Está loco.»

Es posible que el cronista haya entrevisto algo desconocido, terriblemente hondo y frío, por un instante tan corto que apenas dió un toque impreciso en su epidermis. Que al encender un nuevo cigarrillo, lo hiciese quedar con el fósforo suspendido, mirando enfrente de sí, para continuar de inmediato su trabajo, con otras noticias de la zona.

Leo la pequeña información en el periódico, entre muchas otras, hasta que me vence el cansancio y no hago sino recorrer mi vista por las hileras de letras sin sentido, durante mucho rato. Apenas oigo ya el crujido de la ventana, que recibe ráfagas de viento que se suceden con pequeñas intermitencias.

...Es fácil decir ciertas cosas... Cuando el mar ennegrecido hace ondear el reflejo de las últimas luces del día, parece que sube a la altura de nuestros ojos, para impresionarnos. Y cuando no queda sino el agua inmensa y se adivina un horizonte de nubes apretadas, parece como si las gentes y todos sus afanes no fueran sino una lejana leyenda que soñamos en otra vida extraña. Hoy es 14 de Junio y Saturno está en conjunción con Venus. El guardafaro — nunca supe que fuese guardafaro el viejo que venía todos los años a podar nuestra viña — el guardafaro ha estado todo el día mirando cómo revienta el agua en los acantilados y presiente ahora la próxima tempestad. Casi no recuerda el tiempo que ha permanecido

sin comer. Podría decirse que sólo nota el hambre de tarde en tarde por los maullidos que lanza la pequeña sombra hirsuta con ojos brillantes. Sé que no ha querido comer, porque es indispensable mantenerse así. Ahora, aprovechando que está solo y antes que comience la tempestad, corre a su cuarto y toma de una consola un libro negro, que es la biblia — ¡la misma biblia que tengo sobre mi velador! — y busca apresuradamente en los Salmos y en el Libro de Isaías. Tiene separadas las páginas con billetes nuevos, de diferentes valores, tal vez según los capítulos. Repasa algunos renglones, murmurando entre dientes las palabras solemnes, y luego sale afuera y frente a la pequeña puerta, de modo de alcanzar a usar la luz que viene desde el cuarto, ahí, dirigido hacia el mar, lee casi a gritos:

«... palabras de Jehová, palabras limpias; plata refinada en horno de tierra, purificada siete veces...»

El agua se estrella sordamente en las rocas y se alza, triste y lenta, hacia arriba, para iluminarse en la pupila del faro.

«en aquel día bramará como bramido de la mar: entonces mirará hacia la tierra... y en los cielos se oscurecerá la luz...»

«Y sobre toda torre alta y sobre todo muro fuerte...»

Se queda el viejo un rato, mirando, tal como cuando iba a podar nuestra viña, hasta que decide actuar. El estruendo de la tormenta, ya en pleno apogeo, indica que es la hora precisa. Corre hacia el costado oriente de la isla — estribor — y haciendo bocina con las manos, lanza algunas voces de mando, con palabras alargadas. El huracán, mientras se las lleva dando tumbos, bate sus ropas como banderas enfurecidas. Va luego, pasando trabajosamente por delante del faro, hacia el otro costado de la isla — babor — y repite las mismas órdenes. Y vuelve de nuevo a erguirse en su sitio.

Se siente entonces, tras un breve silencio, y casi naturalmente, cómo la isla entera se desgaja de la tierra y comienza a enfilarse lentamente la proa hacia las noche inmensa.

... «Y sobre todo los montes altos, y sobre todos los collados levantados... mirará hacia la tierraaaaaa!...»

Oigo unos delicados golpes en la puerta y decido no contestar. Los golpes se repiten y después de un silencio, puede oírse muy distintamente la voz de mi ayudante, que dice desde afuera:

— «Un señor lo espera aquí. Dice que es el director de cine.»

¿Pero qué tiene que hacer aquí un director de cine? Dile si no se ha fijado que el firmamento es auténtico y si no ha visto el mar embravecido. Además el viejo no está loco. No puede saberse si está loco cuando un hombre está solo. Dile que no ha hecho otra cosa que leer el libro de Isaías justamente cuando Saturno estaba en conjunción con Venus.

La luz potente del faro sirve para hacer las nuevas señales y se siente cómo el firmamento entero las recibe, por fin, como estaba convenido. Se diría que el cielo se ilumina con el nuevo mensaje que viene. El viejo debe bajar ahora y salir a dar voces de nuevo. Pero no lo hace a tiempo, como si algo se opusiese a ello. ¿Por qué — se pregunta uno — por qué no baja de cualquier modo, antes de que sea tarde? ¿Antes de que comencemos a olvidarnos de todo? Como si fuera preciso esperar, esperar siempre, esperar con insoportable ansiedad. Podría depender todo de este detalle indispensable y por lo tanto valdría la pena ofrecer al viejo cualquier cosa para que bajara pronto. Tal vez comience a hacerlo en cuanto se convenza de que los peldaños no son tan empinados y peligrosos. (Esperar... esperar siempre...) Comienza el viejo a probar cautelosamente, pero la madera reblandecida de los primeros peldaños se hunde sin consistencia. Es posible que los otros estén mejores; tienen que estar mejores. ¡Pero no se apura, Dios mío, no se apura! Como si de pronto no supiese cual es el norte y no quisiese confesarlo. (Esperar... esperar siempre...) Después de un instante interminable, el viejo se recobra y baja decidido, cuando el viento poderoso y el agua enloquecida del mar se agolpan en la puerta y hacen imposibles todos los esfuerzos para abrirla. Ahora es angustioso verlo cómo consume su último vigor forcejeando en la puerta estremeada. Verlo así sin poder uno hacer nada. Después de una larga lucha desesperada, cae por fin extenuado por el cansancio y queda ovillado en el suelo, jadeando débilmente. Lo que parecía la cabeza erguida del gato es algo como un micrófono que sin duda debe estar conectado con altoparlantes adecuados. Pero da la impresión de que el viejo no tendrá fuerzas suficientes para hablar.

Desde fuera de mi puerta oigo risas estúpidas, que me llenan de impaciencia.

— «Dice el director de cine que no puede verse el firmamento en una noche de tempestad.»

¿Y quien afirma lo contrario? ¡Es sólo una manera de decir! Y no sé qué diablos tiene que ver un director de cine

con lo que ocurre en la Isla Desolación. Dile que a ningún público del mundo le interesa saber cómo puede expresarse en forma honesta la impresión de la soledad. Dile si sabe cómo le gusta a ella dejar a las gentes con el alma helada como un muro de bronce. Dile si sabe. Dile.

Me pasan un perfil recién recortado del viejo guardafaro, que me sirve para ubicarlo de nuevo. Está en su puesto de mando, agigantado por la tormenta, y a veces la proa de la isla se sumerge en el océano, para salir surcada de ríos de espuma. («... plata refinada en horno de tierra... purificada siete veces...»). Todo parece cumplirse como estaba esperado durante siglos, y se tiene como una certeza de que no ha sido en vano el transcurrir de los días, desde siempre. Parece que estamos a un paso de la perfecta claridad, como si todo el silencio del mundo cupiese debajo de unas cuantas campanas. («... y en todos los collados levantados... y en todo muro fuerte...»). Pero algo se opone siempre para que el hombre comprenda. Esta vez, en la tarde más inesperada, atracan a la isla, ignorantes de todo, los tripulantes del escampavía. Es inútil que el viejo trate de explicarles, con todas las palabras, la trascendencia de lo que ocurre. Ellos se miran extrañados, con gestos de asombro, y se deciden a avanzar. El viejo corre a defender la puerta y a mantenerse a cubierto, mientras halla un medio de hacerles comprender. Incluso llega a ofrecerles permitir su permanencia en la isla, si acatan las señales nuevas. Responden derribando la puerta y arrastrándolo de allí a viva fuerza. (... El agua se estrella en las rocas de la proa y se alza, lenta y tristemente, hasta la pupila del faro...). Es impresionante el vigor que da al viejo el conocimiento de su misión y se siente que tiene que vencer. Se siente ello como la necesidad misma de perdurar. Hasta que escapa por fin a los brazos ciegos y corre resueltamente a continuar su destino.

—«Dice que podría ponérsele música de El Mar, de Debussy.»

Dile... Dile que....

\* \* \*

Lo que a mí en realidad me importa de todo esto — necesito decirlo — es una leve relación que tiene con algo grande, inmensamente grande para mí, de mi pequeño mundo. Por-

que debido a no sé qué extrañas y complicadas asociaciones, cuando ví el firmamento iluminado, tal como si estuviese esperando el nuevo mensaje, sentí como que renacía a algo totalmente olvidado. Como si hubiese estado recién mirando las constelaciones. Cuando se hubo disipado en mi memoria una espesa niebla, apareció ante mí, como recién nacido, eso que nunca me hubese creído capaz de olvidar y que tengo ahora en mí como mis propias manos. Apareció renovado, limpio y extraño como entonces.

Ahora tengo que retenerlo. Pero sé que si quiero retenerlo vivo, no puedo escribirlo. Sé que en el preciso instante en que lo envuelva en palabras, quedará detenido y muerto para siempre. Es por eso que he preferido más bien reconstituir esta noche que me sirvió de nexo para recordarlo. Y la dejo aquí, inmóvil, como un trozo de niebla disecada.

Lo otro, lo otro queda para mí, exclusivamente para mí, para que muera conmigo.

*Filadelfia, Abril de 1946.*



DEL PREFACIO A «LOS QUE PASABAN»

LE MOI EST HAÏSSABLE. Es cosa sabida; y también lo es que, al formular su riguroso anatema, Pascal apuntaba a Montaigne, en cuyos *Essais* (que nadie conocía ni admiraba más que su censor), el yo retoza perdidamente. No debe abusarse de una sentencia que, tomada al pie de la letra, condenaría en globo tres o cuatro géneros literarios — memorias, epístolas, relaciones de viajes, etc.— necesariamente personales y a los que debemos no pocas obras maestras. Por lo pronto el discurso en primera persona tiene que ser la forma obligatoria del testimonio directo, así legal como histórico. Ahora bien, ¿por qué habría de tornarse necesariamente intolerable, en la narración o en el discurso, el giro, al parecer irremplazable, que corresponde a la certificación presencial? ¿Cómo proscribir en absoluto el *me, adsum qui vidi*, que brota espontáneamente en los labios del espectador? ¿No era, precisamente, con este empleo de la primera persona, con lo que nuestro inmortal fabulista, contemporáneo del genial autor de las *Provinciales*

† En la década del 70, mientras Argentina perdía con la voluntaria expatriación de Guillermo Enrique Hudson un escritor sin par en nuestro idioma, incorporábase a su escaso movimiento literario un joven emigrante francés que, con el correr de los años había de alcanzar especial significación como crítico. Ese joven emigrante, nacido en Tolosa en 1848, y llegado al país en 1866, no era otro que Paul Groussac. Es justo recordarlo (aquí donde su émulo Emilio Vaisse (*Omer Emeth*) ha corrido igual suerte), al cumplirse un siglo de su nacimiento. Otro crítico argentino, venido de Italia mucho más niño aún, Roberto F. Giusti, ha dicho del autor de *Los que pasaban*: «Groussac, a pesar de haber recorrido la república desde su juventud, a lomo de mula o en carreta, es francés hasta la médula: francés su tipo físico, francés su *esprit*, francesa su lengua, por el espíritu y el giro (hasta por su afición a los gerundios, no siempre usados con castiza propiedad), franceses sus mismos defectos. El es *Paul*, no Pablo.» Pero aunque como en el caso de Guillermo Enrique Hudson, podamos hoy castellanizar su nombre ya está incorporado definitivamente al acervo literario hispanoamericano, como Paul Groussac porque le repugnaba toda conversión.

Después de todo, el propio Saulo, arquetipo del converso, según el *Tratado teológico-político*, era judío con los judíos y griego con los griegos. e. e.

caracterizaba la expresión animada e integral de las escenas vividas, encareciendo su eficacia en esta fórmula, desde entonces proverbial?

*Je dirai: «J'étais là; telle chose m'avint»;  
Vous y croirez être vous-même...*

De lo que resultaría recomendada como eximia por la Fontaine la forma proscrita como «odiosa» por Pascal...

Tengo para mí que todo ello ha de ser cuestión de temperamento y mesura. Acaso sólo se necesite, para tornar aceptable y hasta amable, ese condenado «yo», usarlo sin afectación ni disimulo; bastando que se presente con naturalidad para que a todos parezca natural. Así, en todo caso, lo gastaba ese delicioso Montaigne, contra cuyo escepticismo peligroso y seductor procuraba vanamente atiesarse, con indignación más aparente que real, su austero crítico, llamando en su auxilio al rígido jansenismo para combatir «esas razones del corazón, que la razón no alcanza a conocer.» Por lo demás, nadie ha expuesto mejor que el mismo Montaigne (v. g.: libro II, cap. vi) los argumentos atendibles en pro y en contra de su empresa. En suma, si los segundos se reducen, como dije más arriba, a cuestión de mesura y gusto, todo ello queda salvado con la absolución de Voltaire, el maestro supremo en la materia, quien, en sus notas a Pascal, califica de encantador el proyecto de Montaigne según lo tiene realizado, «pues al pintarse ingenuamente, resulta haber pintado la misma naturaleza humana». Y ya que este tema de moralista ha venido incidentalmente bajo mi pluma, no me apartaré esta vez de mi asunto, ni tampoco incurriré en otra digresión, dedicándole un párrafo.

Es muy notable «mentira convencional de la civilización» (y si no me falla la memoria, apenas aludida por Nordau) la regla de decencia y urbanidad que manda a cada cual achicar sus méritos, de labios afuera, exagerando proporcionalmente los del prójimo - presente. Todas las otras pueden hallar en las preocupaciones o exigencias de la vida social cierta atenuación fundada en alguna utilidad práctica: aquí tenemos a la mentira gratuita y cultivada por sí misma, como quien dice por partida doble. Conociendo mejor que nadie mis propios méritos y apreciándolos cuando menos en su valor exacto, debo fingir ignorarlos, proclamándome, en público, insuficiente para desempeñar las funciones a que públicamente aspiro. Esta máscara constituye una virtud que se llama «modestia»

— sin perjuicio de que, ante la primera tentativa de cogerle la palabra, instantáneamente la violeta se nos transforme en erizada ortiga que pica y deja escozor a quien la toca. Afecto ruborizarme con aspaviento por algún elogio que en la cara se me tribute; pero, artista, declárome digno de optar al premio del Salón; literato, presento mi candidatura a la Academia, etc.; y dicho está que, no colmándose mi esperanza, murmuro o alzo el grito por la injusticia... Tal es el andar del mundo, y ¡ay de quien no le sigue el paso! Y por supuesto, para volver de pasada a mis menudencias, que sería de elemental deber mío, en este prefacio, aparentar que considero el presente libro destituido de todo valor;— y en prueba de lo sincero de esa creencia, es que, después de escribirlo, lo he dado a la imprenta y corregido cuidadosamente en pruebas, para que el editor os pida no sé cuántos pesos por cada ejemplar.

De antemano prefiero avisar honradamente al lector que con no pocas infracciones a esta ley de modestia social ha de tropezarse en el curso de este libro. En varias ocasiones (tratóndose, sobre todo, de hechos lejanos y que, como allí digo, paréceme, a tanta distancia, referirse a otro) me ha ocurrido en mis soledades, pensar algún bien de mí, y pensándolo, llegar a expresarlo. Por cierto que no pierdo el recto sentido de las proporciones hasta aplicarme el verso de autoalabanza que en su *Excuse a Ariste* se dedicó el gran Corneille, y que en mi caso (también lo digo como lo siento) resultaría ridícula jactancia.

*Je sais ce que je vauz et crois ce qu'on m'en dit...*

Con todo, no debo negar que en tres o cuatro pasajes de este libro, según lo verá quien lo leyere, dejo traslucir que no considero mi mediana carrera en este país como indigna de todo aprecio, y hasta incurro en la inmodestia de dar a entender que no tengo mi obra de escritor ocasional y adventicio por una despreciable cacografía... Y con esto doy por terminada mi confesión pública en cuanto al pecado de orgullo se refiere. Pero no he concluido todavía con otras materias de fe intelectual. Y si alguien se sorprendiera al verme elegir, para ciertas reflexiones, un sitio al parecer tan poco adecuado como puede serlo el prefacio de un libro casi ameno, diríale que a mi edad y aun en estado de plena salud, no es prudente señalar el lugar o esperar el momento más propicio para formular declaraciones que acaso deje en suspenso el momento próximo.

Sin juzgar necesario ni oportuno encerrar en tan breve espacio un «testamento filosófico», que sólo bajo otras plumas cobra importancia, quiero condensar en pocas frases el estado definitivo de mis opiniones en estas materias; y también, protestar de antemano contra las traiciones orgánicas de las últimas horas, que pudieran prestar al debilitamiento mental el significado de una adhesión *in extremis* a creencias que no profeso.

No quiero exagerar, diciendo que también el escritor tiene «cura de almas». Con todo, aunque no existiera sino un hombre de buena fe sobre quien hubiera influído mi prédica o mi ejemplo, ése no me verá desertar nuestras doctrinas, venida la hora de darles público testimonio. Así, con tiempo y deliberado juicio, he resuelto prevenirme contra toda sorpresa de la frágil humanidad. El paso que doy en este momento es el cumplimiento de un deber imperioso. Sé que con realizarlo alejaré de mí algunos afectos o simpatías que me quedaban fieles: pero no puedo prescindir de él. Por lo demás, en las declaraciones que siguen, casi no necesitaré referirme al problema religioso. Puesta de manifiesto mi situación filosófica, la religiosa se deduce de ella tan claramente que huelga todo desarrollo, y acaso bastaría dejar en blanco las líneas en que la resumo. Y bien entendido está que, hoy como ayer, no es mi ánimo ganar prosélitos para opiniones que no todos pueden soportar, ni mucho menos, mover oposición a creencias adversas; sino simplemente, y en ejercicio de mi libertad de conciencia, patentizar las mías, con el mismo derecho que a otros reconozco para las suyas.

Sin haber sido nunca, ni mucho menos, un filósofo profesional, no he dejado, como cualquier estudioso, de preocuparme con los temas arduos de la filosofía. No me refiero evidentemente a las partes de ésta — psicología, lógica, moral, etc.— que incorporadas a otras disciplinas positivamente científicas, han venido a participar de sus progresos: sino a la «pura filosofía» (*Reine Philosophie*), o sea, para llamarla por su mal nombre, a la metafísica. No ocultaré, para que pueda medirse lo que algunos llamarán mi descarrío, que mi presente «nihilismo» (caso no raro, por otra parte) arranca de la más estrecha educación católica. Con esto quiero significar que mi actual tabla rasa no ha venido a quedar tal sino después de haberse escrito y borrado en ella mucho garrapato.

## DE LA DIGNIDAD DE LA INTELIGENCIA Y LA INDIGNIDAD DE LOS INTELECTUALES

LO QUE voy a expresar no fué concebido para ser dicho ante un auditorio numeroso;\* se trata, más bien, de reflexiones que habría preferido hacer particularmente con cada uno, o, para ser más preciso, con algunos de los aquí presentes. Porque, como es sabido, el diálogo conviene mucho más al escritor que el discurso ante la multitud. Es justamente de esta disposición natural de los autores de donde deriva la esencia de los libros, esencia de la que jamás podrán privarlos otros medios técnicos de comunicación espiritual, y que seguirá siendo, a pesar del cine y del teatro, su eterna razón de ser. La lectura de un libro, aun en las sociedades más colectivizadas, será siempre un acto personal, una ocupación solitaria, una conversación en voz baja entre dos hombres. Tal vez por eso mismo, cuando le ocurre al escritor tener que pronunciar un discurso ante una asamblea numerosa, sus palabras más sinceras toman un acento de confesión.

Estoy aquí ante ustedes, escritores de todas las regiones del mundo, simplemente para reafirmar en la vasta y brillante república de las letras una humilde presencia, que es más bien una supervivencia (tomo la palabra humilde en su sentido más antiguo — humano-terrestre — de *prope humo*); y me siento obligado a explicar claramente el significado de esta presencia en la situación contemporánea. ¿Qué presencia? Evidentemente no aludo a un territorio o país determinado, ni, aunque notable, al hecho de que reaparezca una representación italiana en estas conferencias; me refiero a una región diferente, a otro país, a la patria invisible y sin fronteras, a la patria subterránea que algunos de los aquí presentes y otros que ya no están entre los vivos nos hemos creado durante los largos años de persecución y de la cual queremos seguir siendo libres y fieles ciudadanos.

\* Discurso pronunciado en la conferencia internacional del Pen Club, el 5 de Junio de 1947.

La evocación de esta supervivencia me conduce a la primera reflexión que intento exponer. Cada vez que en nuestra época una asamblea de escritores, de artistas, o, en general, de intelectuales, cede a la fácil tentación de pronunciar juicios sumarios sobre la conducta de los hombres durante los trágicos acontecimientos de estos últimos años, bueno es que alguien se encargue de la ingrata tarea de ponerla en guardia contra todas las farisaicas satisfacciones personales. En otros términos, quiero decir, que, pensándolo bien, los hombres de letras, los artistas y, en general, los intelectuales no tienen, en verdad, razón alguna para alabarse de haber podido desempeñar en estos tristes años un papel valeroso, desinteresado o previsor. Y aunque esta afirmación contradice plenamente el estado de satisfacción personal a que acabo de referirme, me doy cuenta de que basta enunciarla para que sea aceptada sin disputa. El que quisiera comprobar su veracidad no tendría que hacer un gran esfuerzo de memoria: la penosa experiencia en que se basa data apenas de ayer. Los acontecimientos han demostrado una vez más que el ejercicio de las letras y de las artes no supone una garantía de moralidad o de firmeza de carácter; han probado que cada vez que la clase dirigente naufraga en una crisis o en los extravíos y errores que la engendran la mayor parte de los hombres de letras y de los artistas son también arrastrados. Y si extendemos este juicio a toda la sociedad que se pretende culta, se convendrá también en que esos mismos sucesos han confirmado la total ineficacia de los estudios llamados humanistas. Me apresuro a agregar, eso sí, que no se trata de un escándalo característico o exclusivo de nuestro tiempo.

¿Por qué? La explicación es fácil. Elegir entre libertad y esclavitud (que en el caso particular del hombre de letras es elegir entre sinceridad y conformismo) supone, como todo acto que comporta riesgos y sacrificios, una obstinación del espíritu en la que tienen poca parte las nociones literarias y artísticas y la sensibilidad estética. Se toman en cuenta entonces muchas otras cosas: dificultades, humillaciones, contingencias externas. Por eso es que los intelectuales han compartido siempre las virtudes y defectos de su pueblo, de su medio social y de su época. Sería pueril querer afirmar, en la presente crisis, una política de los intelectuales, y reunirlos unánimemente alrededor de algunos principios generales. Más aún, querría recordar que a las limitaciones externas, de orden social, comunes a todos los hombres y que sólo el sacrificio permite su-

perar, para el intelectual se agrega otra, psicológica y profesional, que amenaza mucho más de cerca su capacidad de elección y que, en casos extremos, llega a atrofiar en él todo sentido de responsabilidad. Parece que el ejercicio exclusivo de las letras y de las artes, que exige una absorción continua de todo el ser en el esfuerzo creador, determina una dilatación y una deformación tan monstruosa de la personalidad que el artista corre el grave riesgo de perder los principios comunes para juzgar, el sentido normal de las proporciones, de sus relaciones con los demás, de sus derechos y de sus deberes; acaba aún por sentirse un mundo en sí, por establecerse como el centro del cosmos. La inteligencia, desviada de su función natural, que es el servicio valeroso y humilde de la verdad, se envilece en la búsqueda permanente de éxitos efímeros y de coartadas que puedan encubrir las traiciones inevitables. Un grave acontecimiento colectivo, un cambio político y social, la dictadura, la guerra, la revolución, la peste, el hambre, son juzgados por el escritor según la manera en que puedan influir sobre las condiciones de su propia celebridad. Ser impopular es el peor de todos los males. La psicología moderna ha dado un nombre a esta enfermedad del espíritu; pero, «felizmente para el honor de nuestra clase» nunca podrá dar una estadística, aunque sea aproximada, del número de los que realmente la padecen.

La moralidad no podrá ser jamás un hecho estadístico, y no se podrá apreciar cuantitativamente la existencia indiscutible de pensadores y de artistas que, sea por haber adquirido plena conciencia del conjunto del desarrollo histórico, o por estar dotados de una fuerte intuición de la dignidad humana, logran conducirse de acuerdo con la verdad y la justicia, sin preocuparse de la impopularidad ni de otros riesgos, capaces de alzarse, si es necesario, contra su propio país, su propia clase o su propio partido. Pero la experiencia demuestra que estos hombres no pertenecen necesariamente a las clases cultas. No creo, pues, que tenga fundamento la tesis de una pretendida conducta ejemplar de los intelectuales durante estos diez últimos años, ni su reivindicación de ahora, fundada sobre una supuesta aptitud particular para dirigir la opinión pública. Si es difícil y equívoco hablar de «élite» moral en un país determinado, es enteramente arbitrario pretender que coincide con la «élite» intelectual. Debo declarar, sin embargo, que esta conclusión no tiene otro alcance que el de una simple comprobación histórica, y no pretende establecer una absoluta

jerarquía de valores. Sería, a mi juicio, mucho más oportuno partir de una comprobación tan amarga para un discurso más amplio sobre la dignidad de la inteligencia y la indignidad de los intelectuales.

La indignidad está demasiado generalizada para que la condenación unilateral de tal o cual grupo de escritores — como ha ocurrido en este congreso en los últimos días — no nos recuerde la inquietante historia del chivo emisario. No sé, francamente, si ha habido en estos últimos años un solo país o un solo partido cuyo espíritu — cierto es que con técnicas y objetivos diferentes — no se haya degradado hasta la función envilecedora de instrumento de guerra. Os aseguro que no es mi intento herir una sensibilidad determinada, ni poner en duda la buena fe de los hombres de letras que activamente y por su cuenta y riesgo han participado en la guerra ideológica. Pero, descartando esto, y hoy que la guerra ha terminado, nadie puede discutir que los jefes militares no hayan utilizado la obra y las elocuentes fórmulas de esos hombres de letras de una manera en todo semejante a tal o cual instrumento de guerra. Dar aquí ejemplos precisos sería doloroso. En cuanto a la necesidad inmediata de actuar, los principios universales de libertad, de dignidad humana y de seguridad para todos han vuelto a los archivos, como los tanques a los depósitos. Por eso tenemos esta paz que no es realmente una paz verdadera sino apenas, apenas, un incierto armisticio.

Trataré ahora de disipar los equívocos que este discurso puede suscitar. Como hombre de una resistencia que duró veinte años y que estaba dispuesta a durar varios siglos, de una resistencia que nació y se desarrolló cuando el fascismo era aún admirado y sostenido por muchos de sus futuros adversarios, puedo asegurar que ninguna desilusión imprevista inspira mis palabras. Porque en ningún momento, en ninguna fase del desarrollo de la guerra he pensado jamás que la solidaridad que se había establecido de hecho entre la causa de la libertad democrática y la de ciertas potencias, aunque útil, oportuna y necesaria, fuese o pudiese ser una identificación absoluta y durable. Esta posición crítica embarazosa hacia los aliados me permitía profetizar el actual derrumbe con relativa facilidad. La clave siempre segura de esas profecías está en la siguiente advertencia: no hay que asimilar jamás la causa de los valores espirituales, la causa del hombre, con la de un estado. El espíritu, como se ha dicho, sopla donde quiere.

Es una presunción clerical querer prescribirle un domicilio determinado.

Pero, ¿por qué detenerse en consideraciones tan pesimistas, en estas circunstancias, ante una asamblea en fiesta? No recordaría estos hechos si su evocación tuviera sólo un valor recriminatorio; pero es que están relacionados con cuestiones siempre actuales. ¿No se oyen acaso, en cada congreso de escritores, alusiones significativas a nuevas e inevitables cruzadas ideológicas? Pues bien, debemos decir a esos celosos defensores del espíritu, con la dureza necesaria, que el mayor peligro a que están expuestos los valores espirituales en una época determinada está en que se les presente como ligados a las antiguas formas políticas y sociales; está, entre otras cosas, en atraer sobre ellos un descrédito y un odio que deberían buscar otros objetos. Contra todo relativismo, aunque lleve la máscara revolucionaria, es preciso declarar que al lado de valores humanos percederos hay valores permanentes e inmutables. Y todo el que no quiera rebajarse al papel despreciable de propagandista se negará siempre a confundir la causa de la verdad con la causa de un ejército. Abanderizarse hoy por una contra otra de las potencias antagonistas es un grave contrasentido en el plano intelectual y, en el plano político, un error peligroso que equivale a capitular desde luego ante la amenaza de una nueva catástrofe mundial, a admitir su fatalidad, a justificarla y, en buenas cuentas, a precipitarla. Esta es, sin duda alguna, la aberración más peligrosa de que hoy pueda ser víctima un intelectual. Pero no debemos disimular las causas profundas que la hacen posible.

La victoria militar de las llamadas potencias democráticas ha dejado sin solución los problemas que originaron el fascismo y el nacional socialismo. Una especie de cínica lucidez ha despojado a los hombres de esta postguerra de las pueriles ilusiones que había conocido la postguerra anterior. Los jóvenes intelectuales que no logran satisfacer todo su apetito comiéndose las uñas, no encuentran otro alimento que algunas menegadas sobras del banquetete espiritual del pasado siglo, ya clasificado como «estúpido siglo veinte». Es comprensible que en estas condiciones no se haya disipado del todo después de la derrota militar esa forma de aridez desesperada del alma que Nietzsche había llamado nihilismo y que algunos consideraban típica del nacismo; se la encuentra, en estado más o menos agudo, en todos los países, y no basta para purificarnos de ella, condenar y denunciar a algunas pobres víctimas propiciatorias.

No conozco ningún partido, ninguna iglesia, ninguna institución que pueda considerarse no contaminada por esta terrible calamidad. El nihilismo es una doctrina en la que ya no se tiene fe: es el humo del incienso ante los tabernáculos vacíos; es la exaltación del sacrificio y del heroísmo como fines en sí; es una libertad que no está al servicio de la vida, que, para afirmarse a sí misma, necesita el suicidio y el crimen; es la verdad o la justicia subordinadas a una utilidad egoísta; es la inteligencia separada de la moralidad; es el triunfo de la táctica y de la astucia en todas las relaciones colectivas. Suele ocurrir que tal o cual partido político solicite nuestras firmas para protestar contra las injusticias de que serían víctimas sus adeptos en alguna parte del mundo; pero esos mismos partidos permanecen mudos e indiferentes cuando las mismas injusticias, y a veces más atroces, se cometen en los países gobernados por sus amigos. Del mismo modo, solemos oír a las más altas autoridades religiosas protestar con vehemencia porque en ciertos países se perjudica a los hombres o a los intereses de la Iglesia. Pero ninguno de nosotros ha tenido hasta ahora la alegría de oír al Papa condenar las persecuciones de los gobiernos católicos contra los herejes o contra sus adversarios políticos. Y hemos podido ver, a través de más de un pequeño incidente en este mismo congreso, cómo los mismos que más duramente han sufrido hasta hace poco la inhumana locura racista y la han condenado con mayor justicia, se acercan ahora a ella al aplicar contra sus perseguidores de ayer, hoy vencidos, juicios, interdicciones y condenaciones que reproducen con bastante fidelidad los procedimientos del racismo recientemente conjurado. Una violencia reemplaza a la otra. Y algunos se dan cuenta de que una justicia que se invoca solamente cuando conviene es una justicia nihilista, simple máscara de una utilidad bruta y desnuda.

Hay que convenir, pues, en que no es posible formular ningún juicio sobre la crisis de nuestra época si no se funda en el reconocimiento de su carácter universal. Ninguna reprobación unilateral de culpables propiciatorios podrá obscurecer jamás en nuestra conciencia el sentimiento de esta decadencia general, de esta culpabilidad universal. No es ésta la oportunidad de recordar por qué sufrimientos y por qué caminos logró el género humano en el pasado superar sus épocas de esterilidad nihilista. Permitidme concluir, sin embargo, que los escritores se equivocan si esperan su salvación de los demás, si la esperan de fuera. Porque no se trata de nuestra manera

de escribir, de hablar o de gesticular, sino de nuestra manera de sentir. La salvación no está en profesar determinados conceptos o teorías, no está en inscribirse en tal o cual partido o en tal o cual iglesia, ya que la decadencia, como cualquiera puede comprobarlo, afecta a representantes de las más variadas doctrinas. Antes que toda útil diferenciación en grupos y en tendencias, antes que la política y antes que la literatura, hay una cuestión de honradez fundamental que resolver, hay que restablecer un contacto sincero, inmediato, durable con la trágica realidad que está en el fondo de la condición humana. La imagen típica de esta realidad primordial es, para los cristianos, la cruz: el cuerpo humano, por su anatomía, parece construído según la forma de ese suplicio. En la vida personal, es la inquietud permanente del corazón humano, que ningún progreso social podrá jamás dulcificar. En el plano histórico, es, principalmente, el sufrimiento de los pobres: tiene nombres diversos según los tiempos y lugares; son los culíes en la China, las peones en América, los fellahs entre los árabes, o bien los proletarios, o los judíos; pero es siempre y en todas partes la misma realidad penosa, tal vez la única realidad verdaderamente ecuménica de la historia humana.

Si mis palabras han podido tomar un tono de énfasis ajeno a mis intenciones, creedme, lo lamento. Sólo quería reafirmar, en el vasto y brillante mundo de la letras, cierta presencia que es más bien una supervivencia, una voluntad de ser fiel, una voluntad de no traicionar.



## TURNSTILE ONE

*A Literary Miscellany from THE NEW STATESMAN AND NATION*

Edited by V. S. PRITCHETT, London, 1948

NADA más arduo para un escritor atento a la producción literaria de su tiempo, idioma y país, que organizar en forma de libro un conjunto de artículos, poemas y cuentos de una determinada revista, por representativa que sea del pensamiento contemporáneo.

V. S. Pritchett, a cargo de las páginas literarias del semanario inglés *The New Statesman* (y *Nation*, desde 1931, fecha de tal matrimonio) ha salido airoso de su empeño, brindándonos un volumen sin desperdicio casi en solo quince pliegos comunes.

El Consejo británico de relaciones culturales ha tenido la fineza de hacernos llegar un ejemplar mediante su nuevo delegado en Chile y nos proponemos agradecerse pro domo en estas líneas puramente informativas.

El significativo título de *Turnstile* que lleva el libro de Pritchett viene a ser a un mismo tiempo el de la calle londinense donde se halla ubicada la imprenta epónima de *New Statesman and Nation*.

En verdad, el campo literario de cada época precisa un torniquete o molinillo semejante. Pues, como ha dicho John Dos Passos, «la máquina de escribir, sumándose a la prensa, dió en nuestro tiempo un nuevo y terrible ímpetu a la diseminación del pensamiento a medio cocer». Y no todo lo que se acepta como bueno en una revista lo es en un libro. Quizás por eso, Bernard Shaw, uno de los fundadores y más antiguos colaboradores de *The New Statesman*, se ha negado siempre obstinadamente a figurar en cualquier clase de antología y tampoco ha querido aparecer en ésta, no obstante su carácter excepcional.

Pero no faltan en *Turnstile One* los grandes nombres de la literatura inglesa. Sin necesidad de ir a buscarlos por cuenta del gobierno laborista, encontramos allí entre otros, los de Virginia Woolf, Lytton Strachey, E. M. Forster, H. G. Wells, James Joyce y D. H. Lawrence. De Lawrence se reimprime una extraordinaria «Carta de Alemania», escrita en 1928. En cuanto a escritores jóvenes, figuran con prosa o versos: W. H. Auden, Stephen Spender, Cyril Connolly, C. Day Lewis, Louis MacNeice, Harold Nicolson y veinte más. La nota menos insular y verdaderamente simpática del tomo es la inclusión de un cuento de Chéjov junto a un corto pero profundo estudio de Desmond MacCarthy.

Por dicho estudio y algunos otros sobre Mattise y Picasso, por ejemplo, este primer volumen, titulado apenas *Turnstile One* nos recuerda el anterior de *Partisan Reader 1934-44* de más honda significación universal. Sin embargo, las páginas de Rebeca West sobre Rudyard Kipling, las de R. H. S. Crossman en torno a las profecías de Jack London, y especialmente las de Leonard Woolf acerca del determinismo económico de Jane Austen podrían, con las de Harold Laski, ajustarse a otra vuelta del torniquete neoyorkino.

BABEL, en vísperas de su décimo año de supervivencia en Chile, quisiera emular uno y otro ejemplo literario, incorporando además el espíritu criollo, ausente de ambos. Pero doloroso es decirlo, ningún editor hispanoamericano es capaz de ligarse a una obra de tal índole. El éxito inmediato es su única razón de ser entre nosotros.

Tal vez, llegado el caso, a don Carlos Nascimento se le ocurra un deber editar bajo mi dirección un volumen así. ¿Acaso no ha editado él los primeros dieciocho números de BABEL? Desde entonces hay treinta más donde espigar con provecho. Algunos son verdaderamente internacionales y no del todo incomprensivos...

Por mi parte, guardando todas las distancias, no puedo menos que acordarme de las palabras de Goethe a su amigo Lavater, para decirle a Nascimento al pie de a letra (y de *Turnstile One*): «Quisiera levantar hasta la mayor altura posible la cima de la pirámide de una existencia cuya base me ha sido proporcionada totalmente hecha, y este deseo que supera en mí todos los demás, no me permite un instante de olvido. No tengo derecho a detenerme. Ya mi edad avanza, y tal vez el destino rompa mi vida en la mitad, dejando inconclusa la torre babilónica, tan bravamente concebida.»

Para un volumen antológico de un decenio, El escudo de BABEL podría ser un buen título.—e. e.

## B a b e l

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

FUNDADA EN BUENOS AIRES EN ABRIL DE 1921

Director: Enrique Espinoza

Comité asesor: Manuel Rojas, Luis Franco, González Vera,  
Lafn Díez y Mauricio Amster (Gerente)

Precio del número . . . . . \$ 20 m ch.  
Suscripción a 6 números . . . . . \$ 80 m ch.

FUERA DE CHILE:

Precio del número . . . . . 0,50 u.s.  
Suscripción a 6 números . . . . . 2,50 u.s.

Toda la correspondencia de BABEL debe dirigirse a Av. Bernardo O'Higgins 2555, Stgo. Cheques o giros a nombre de Mauricio Amster

## Lea en los números anteriores de Babel

- N.º 25. JAMES T. FARRELL / El lenguaje de Hollywood.  
MANUEL ROJAS / Antólogos y antologías.
- » 26. VÍCTOR SERGE / La cuestión judía.  
JEAN MALAQUAIS / «Marianka» (cuento).
- » 27. RODOLFO MONDOLFO / Sobre la pena de muerte.  
MAURICIO AMSTER / Recuerdos de Gutiérrez Solana.
- » 28. CARLOS VICUÑA / El año veinte.  
SANTIAGO LABARCA / La generación del veinte.
- » 29. FEDERICO DE ONÍS / España en América.  
JULIO BARRENECHEA / Mi ciudad (versos).
- » 30. MAX RAPHAEL / Una crítica marxista del tomismo.  
CARLOS MAYER / Lev Davidovich.
- » 31. GONZÁLEZ VERA / Gabriela Mistral.  
GABRIELA MISTRAL / Poema inédito.
- » 32. PEDRO PRADO / La vida provisoria.  
BOY-ZELENSKI / Jules Vallés y su trilogía.
- » 33. RENATO TREVES / Piero Gobetti y el socialismo liberal.  
LISE MEITNER / El átomo.
- » 34. ARTHUR KOESTLER / La sedición (España en 1936).  
VINCENT SHEEAN / El último voluntario.
- » 35. PHILIPH RAHV / Sobre la decadencia del naturalismo.  
EUGENE DABIT / El Greco y Velázquez (De un Diario íntimo).
- » 36. LAFN DIEZ / Pérez Rosales, minero.  
ARMANDO LIRA / Pérez Rosales, pintor.
- » 37. EMILIO ORIBE / La esfera del canto.  
AXEL STERN / El existencialismo contra la existencia.
- » 38. LEÓN FELIPE / Comunión (poema).  
JENS PETER JACOBSEN / La señora Fons (cuento).
- » 39. LUIS FRANCO / Construiremos la nueva Babel (poema).  
WALTHER RATHENAU / Palabras Proféticas.
- » 40. STEPHEN SPENDER / Poesía y Política.  
LEÓN TROTSKY / La familia Declerc (cuento).
- » 41. B. SANÍN CANO / Rumbos del espíritu.  
J. R. WILCOCK / Monólogo de Alejandro.
- » 42. E. M. FORSTER / Mi propio centenario.  
JUAN ANDRADE / Apuntes sobre el hambre del preso.
- » 43. ANDRÉ GIDE / Páginas recobradas.  
EUCLIDES GUZMÁN / El hombre que venía de la Pampa.
- » 44. JEAN CASSOU / Tres testigos del 48 (Marx, Balzac, Proudhon).  
JAMES P. CANNON / Adios a un pionero socialista.
- » 45. DAVID ROUSSET / La batalla del ghetto de Varsovia.  
LEÓN S. PÉREZ / El soñador ensangrentado.
- » 46. PAUL VALÉRY / Esbozo de serpiente.  
P. J. PROUDHON / El regreso de la conferencia.



# Intelectuales:

Médicos

Abogados

Ingenieros

Profesores

Pintores

Arquitectos

Periodistas



PREFIEREN

ESTEX

LA CONFECCION PERFECTA